

Sarah Orne Jewett

La tierra de los
Abetos Puntiagudos



E LEJANDRIA

Sarah Orne Jewett

La tierra de los
Abetos Puntiagudos



**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA TIERRA DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS

SARAH ORNE JEWETT

**PUBLICADO: 1896
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA TIERRA DE LOS ABETOS PUNTIAGUDOS

NOTA INTRODUCTORIA

SARAH ORNE JEWETT (1849-1909) nació y murió en South Berwick, Maine. Su padre era el médico más reputado de la región, y de niña lo acompañaba con frecuencia en sus visitas a los pacientes. Comenzó a escribir poesía desde muy joven, y con apenas diecinueve años su relato «Mr. Bruce» fue aceptado por *The Atlantic Monthly*. Su colaboración con esa revista se prolongó en el tiempo, y William Dean Howells, que era entonces su director, la animó a publicar su primer libro, *Deephaven* (1877), una colección de bocetos aparecidos anteriormente en *The Atlantic Monthly*. A través de su amistad con Howells, Jewett fue introduciéndose en la élite literaria de Boston, donde conoció a Annie Fields, con quien desarrollaría uno de los vínculos más íntimos y duraderos de su vida.

La tierra de los abetos puntiagudos (1896) está considerado su obra maestra, descrita por Henry James como su «hermoso y pequeño logro». Pese a los diminutivos de James, la novela sigue siendo un clásico. Dada su estructura laxa, muchos críticos no la ven como novela propiamente dicha, sino como una serie de estampas; sin embargo, su unidad se sostiene tanto en el escenario como en el tema. La propia Jewett sentía que sus puntos fuertes como escritora

residían no en la construcción de la trama ni en la tensión dramática, sino en el desarrollo de los personajes. De hecho, su propósito desde el inicio de su carrera fue preservar un modo de vida que estaba desapareciendo, y la novela puede leerse como un estudio del efecto que el aislamiento y las penalidades habían dejado en los habitantes de los decadentes pueblos pesqueros de la costa de Maine.

Jewett murió en 1909, ocho años después de un accidente que puso fin en la práctica a su carrera literaria. Su reputación había crecido en vida, extendiéndose mucho más allá de los límites de la Nueva Inglaterra que tanto amó.

I. EL REGRESO

HABÍA EN EL pueblo costero de Dunnet algo que lo hacía más atractivo que las otras aldeas marítimas del este de Maine. Quizá fuera simplemente la familiaridad con aquel lugar lo que lo volvía tan entrañable, y lo que otorgaba tal interés a la orilla rocosa y a los bosques oscuros, y a las pocas casas que parecían encajadas y clavadas con firmeza entre los salientes de roca junto al embarcadero. Esas casas aprovechaban al máximo su vista al mar, y había en sus pequeños jardines una alegría y una obstinada floración; las altas ventanas de pequeños cristales en los vértices de sus empinados frontones eran como ojos avispados que vigilaban el puerto y la lejana línea del horizonte marino, o miraban hacia el norte a lo largo de toda la orilla y del telón de abetos y balsameros que la cerraba. Cuando uno llega de verdad a conocer un pueblo así y sus alrededores, es como trabar conocimiento con una sola persona. El proceso de enamorarse a primera vista es tan definitivo como rápido en tales casos, pero la amistad verdadera puede ser asunto de toda una vida.

Tras una primera visita breve realizada dos o tres veranos antes en el transcurso de un crucero en velero, quien amaba Dunnet Landing regresó para encontrar las costas inmutables de los abetos puntiagudos, la misma pintoresquedad del pueblo con sus elaboradas convenciones; toda aquella mezcla de lejanía y de certeza infantil de ser el centro de la civilización que sus sueños afectuosos le habían prometido. Una tarde de junio, una única pasajera desembarcó en el muelle del vapor. La marea estaba alta,

había una nutrida concurrencia de espectadores, y la parte más joven del grupo la siguió con contenida excitación calle arriba por la pequeña ciudad de aire salino y fachadas blancas de tablones.

II. MRS. TODD

MÁS ADELANTE, solo había un defecto que achacarle a aquella elección de alojamiento veraniego, y era su completa falta de intimidad. Al principio, la casita de Mrs. Almira Todd, que daba su testero a la calle, parecía suficientemente retirada y resguardada del mundo bullicioso, detrás de su pequeño jardín arbolado y verde, en el que todas las plantas con flor —unos pocos malvariscos alegres y algo de corona de rey— quedaban empujadas contra la pared gris de tablillas. Era un jardín extraño y desconcertante para el forastero, pues las pocas flores salían perjudicadas por tanta vegetación; pero pronto se descubría que Mrs. Todd era una apasionada amante de las hierbas, tanto silvestres como cultivadas, y la brisa marina entraba por la baja ventana del testero cargada no solo de escaramujo y menta inglesa, sino de bálsamo, salvia, borraja, hierbabuena, ajeno y abrotano. Si Mrs. Todd tenía ocasión de adentrarse en el rincón más alejado de su bancal de hierbas, pisaba sin querer el tomillo y hacía notar su fragante presencia junto con todas las demás. Siendo una mujer muy corpulenta, sus faldas amplias rozaban y doblaban casi todos los tallos esbeltos que sus pies lograban esquivar. Siempre se sabía cuándo andaba por allí, incluso cuando uno estaba medio dormido por las mañanas, y en pocas semanas se aprendía en qué rincón exacto del jardín podía encontrarse.

A un lado de ese bancal de hierbas había otros ejemplares de una rústica farmacopea, verdaderos tesoros y rarezas entre las hierbas más comunes. Había algunos aromas extraños y penetrantes que

despertaban una vaga sensación y el recuerdo de algo perdido en el pasado. Algunos de ellos pudieron pertenecer en otro tiempo a ritos sagrados y místicos, y haberse transmitido durante siglos con cierto saber oculto; pero ahora solo servían para humildes preparados que se cocían a ratos con melaza, vinagre o aguardiente en un pequeño caldero sobre el fogón de Mrs. Todd. Estos preparados se dispensaban a los vecinos aquejados de algún mal, que solían venir de noche como a hurtadillas, trayendo sus viejos frasquitos para rellenar. Uno de los remedios se llamaba el remedio indio, y costaba apenas quince centavos; el cuchicheo de las instrucciones se oía cuando los clientes pasaban ante las ventanas. Con la mayoría de los remedios, el comprador podía marcharse de la cocina sin más advertencias, pues Mrs. Todd era muy ahorradora de energías; pero con ciertos frascos les daba indicaciones desde el umbral, y había otras dosis que había que acompañar en su camino curativo hasta la verja, mientras ella musitaba largas retahílas de instrucciones manteniendo hasta el final un aire de secreto e importancia. Puede que no fueran solo los males corrientes de la humanidad con los que ella pretendía lidiar; a veces parecía como si el amor y el odio, los celos y los vientos adversos en el mar encontraran también sus remedios adecuados entre las curiosas plantas de aspecto silvestre del jardín de Mrs. Todd.

El médico del pueblo y esta sabia herborista se llevaban a las mil maravillas. El buen hombre acaso contaba con el efecto desfavorable de ciertas pócimas, cuyo contrarrestar esperaba su momento; en cualquier caso, de vez en cuando se detenía e intercambiaba saludos con Mrs. Todd a través de la cerca de estacas. La conversación se tornaba profesional enseguida, tras los más breves preliminares, y él permanecía allí haciendo girar entre los dedos una ramita olorosa, lanzando chistes sugerentes sobre la fe de ella en un tratamiento demasiado persistente a base de elixir de eupatorio, en el que mi casera profesaba tanta convicción que en ocasiones ponía en peligro la vida y la salud de estimados vecinos.

Llegar a finales de junio a ese apacible pueblo costero, cuando la temporada de recolección de hierbas comenzaba a animarse, era

también llegar en plena efervescencia de la actividad de Mrs. Todd en la elaboración de su cerveza de abeto a la antigua usanza. Esta bebida fresca y reconfortante había sido llevada a una perfección admirable tras una larga serie de experimentos; había adquirido una fama local inmensa, y los ingredientes para su fabricación se agotaban continuamente y había que reponerlos. Por diversas razones, la soledad y los días sin interrupciones que tanto se habían anhelado resultaron ser muy escasos en aquel rincón del mundo tan delicioso por lo demás. Mi anfitriona y yo habíamos llegado a un astuto acuerdo comercial consistente en un simple almuerzo frío al mediodía y una generosa compensación en forma de cenas calientes, para cuya provisión podía verse a la inquilina corriendo por el camino tarde por las tardes, caña de pescar en mano. Pronto quedó claro que este arreglo dejaba amplio margen para las lentas excursiones herbarias de Mrs. Todd por bosques y dehesas. Los clientes de la cerveza de abeto eran bastante habituales en los días calurosos, y había muchas demandas de diferentes jarabes calmantes y elixires con los que la indiscreta curiosidad de mis primeros días de estancia me había familiarizado. Sabiendo que Mrs. Todd era viuda y que contaba con poco más que ese modesto negocio y los ingresos de una hambrienta huésped para mantenerse, pronto le presté mis energías e incluso mi interés, hasta que se convirtió en algo natural que ella saliera al campo cada día agradable y que la huésped respondiera a todos los llamados urgentes a la puerta trasera.

Haciendo de vez en cuando un paseo edificante en compañía de Mrs. Todd, y actuando como socia comercial durante sus frecuentes ausencias, vi volar los días de julio, y no fue hasta que me encontré frente a un exceso de orgullo y satisfacción por el balance, una noche, de dos dólares con veintisiete centavos que había recaudado durante el día, cuando recordé un largo escrito muy atrasado ya al que estaba comprometida. Haber recibido unas palmaditas cariñosas en el hombro y que me llamaran «querida», que me ofrecieran una sorpresa de setas tempranas para cenar, haber tenido toda la gloria de ganar dos dólares con veintisiete centavos en un solo día, y luego

renunciar a todo ello y apartarme de esos gratos éxitos, requería mucha determinación. Los trabajos literarios están en el mejor de los casos tan llenos de incertidumbres, y no fue hasta que la voz de la conciencia sonó más fuerte en mis oídos que el mar en la playa de guijarros más cercana cuando le dije a Mrs. Todd unas palabras poco amables de retirada. Ella se volvió más afectuosamente nostálgica que nunca en sus expresiones, y puso la cara de decepción que yo esperaba cuando le dije con franqueza que ya no podía seguir disfrutando del placer de lo que llamábamos «atender a la gente». Sentí que era cruel con todo un vecindario al recortar su libertad en esa temporada tan importante para cosechar las diversas hierbas silvestres en las que tanto se confiaba para aliviar los males del invierno.

—Bueno, querida —dijo con tristeza—, me he aprovechado mucho de que estuvieras aquí. No había tenido una temporada así en años, pero nunca tuve a nadie en quien pudiera confiar tanto. Lo único que te falta son algunas cualidades, pero con el tiempo adquirirías juicio y experiencia y serías muy capaz en el negocio. Ahora mismo lo diría a quien fuese.

Mrs. Todd y yo no nos distanciamos ni nos enfriamos por el cambio en nuestras relaciones comerciales; al contrario, pareció comenzar una intimidad más profunda. No sé qué hierba de la noche era la que a veces dejaba escapar un perfume penetrante ya entrada la tarde, cuando había caído el rocío y la luna estaba alta y el aire fresco subía del mar. Entonces Mrs. Todd sentía que tenía que hablar con alguien, y yo no podía estar más contenta de escuchar. Las dos caíamos bajo el hechizo, y ella se quedaba fuera de la ventana o buscaba un pretexto para entrar en mi salita y contaba, a veces noticias muy corrientes del día, o, como ocurrió una noche neblinosa de verano, todo lo que guardaba más hondo en el corazón. Fue así como vine a saber que ella había amado a alguien que estaba muy por encima de ella.

—No, querida, aquel del que hablo nunca pudo pensar en mí —dijo—. Cuando éramos jóvenes juntos, su madre no veía bien el

noviazgo e hizo todo lo que pudo por separarnos; y la gente creyó que los dos habíamos casado bien, pero no era lo que ninguno de los dos quería más, y ahora nos quedamos solos otra vez, y podríamos habernos tenido el uno al otro todo ese tiempo. Él estaba por encima de ser marinero y prosperó más que la mayoría; venía de familia distinguida, y mi suerte fue llana y trabajadora. No lo he visto desde hace algunos años; habrá olvidado los sentimientos de nuestra juventud, me imagino, pero el corazón de una mujer es distinto; esos sentimientos vuelven cuando crees que ya los has dejado atrás, igual que la primavera vuelve con el año. Y siempre he tenido maneras de saber de él.

Estaba de pie en el centro de una alfombra trenzada, y sus anillos de negro y gris parecían girar en torno a sus pies en la penumbra. Su estatura y corpulencia en la baja habitación le daban el aspecto de una enorme sibila, mientras el extraño aroma de la hierba misteriosa entraba flotando desde el pequeño jardín.

III. LA ESCUELA

DURANTE ALGUNOS DÍAS después de esto, los clientes de Mrs. Todd siguieron pasando ante mis ventanas, y, como la temporada de siega estaba casi terminada, empezaron a llegar forasteros del interior, tal era su reputación en la comarca. A veces veía a alguna criatura pálida como una anémona de viento que hubiera sobrevivido hasta pleno verano, en cuyo rostro la tisis había dejado su marca brillante y melancólica; pero con más frecuencia eran dos mujeres robustas y curtidas por el trabajo del campo las que venían juntas y le detallaban sus síntomas a Mrs. Todd en voz alta y jovial, combinando las satisfacciones de una charla amistosa con la oportunidad médica. Parecían aportar mucho de su propio saber terapéutico. Llegué a conocer la escuela en que mi casera había forjado su don natural; pero la suya era siempre la mente rectora, y la orden final, «Tome un puñado de hisopo» (o la hierba que fuese), se recibía en respetuoso silencio. Una tarde, tras haber escuchado — era imposible no escuchar, con los oídos sin tapones— y luego reído y vuelto a escuchar, con la pluma ociosa en la mano, durante una conversación particularmente animada y personal, alcancé mi sombrero y, tomando el secante y todo lo demás bajo el brazo, huí resueltamente de la tentación y salí caminando por delante del fragante jardín verde hasta el polvoriento camino. El camino subía directamente cuesta arriba, y al poco me detuve y me volví a mirar atrás.

La marea estaba alta, el amplio puerto estaba rodeado de sus bosques oscuros, y las pequeñas casas de madera estaban tan

juntas como podían estarlo al embarcadero. La de Mrs. Todd era la última casa en el camino hacia el interior. Los salientes de roca grises de la orilla estaban bien cubiertos de hierba en casi todos los sitios, y el mirto de los pantanos y las rosas silvestres crecían espesos entre ellos. Podía verse el interior del país, más elevado, y las granjas dispersas. En la cima de la colina se alzaba una pequeña escuela blanca, muy azotada por el viento y envejecida por la intemperie, que era un punto de referencia para los marinos; desde su puerta había una hermosísima vista del mar y la orilla. Reinaban entonces las vacaciones de verano, y tras encontrar la puerta sin llave, echar una larga mirada por una de las ventanas que daban al mar y meditar un rato en un lugar sombreado cercano entre los arbustos de mirto, volví al principal centro comercial del pueblo y, para diversión de dos de los concejales, hermanos y déspotas de Dunnet Landing, alquilé la escuela por el resto de las vacaciones a cincuenta centavos la semana.

Por egoísta que parezca, la situación apartada parecía tener grandes ventajas, y pasé allí muchos días completamente tranquila, con la brisa marina cruzando por las pequeñas ventanas altas y moviendo pesadamente los contraventanas exteriores de un lado a otro. Colgaba el sombrero y la cesta del almuerzo en un clavo del zaguán como si fuera una alumna pequeña, pero me sentaba en el pupitre del maestro como si fuera esa gran autoridad, con todos los tímidos bancos vacíos en filas ante mí. De vez en cuando una oveja descarriada se asomaba a la puerta y se quedaba largo rato mirando. Al atardecer bajaba de vuelta, con aire de lo más aplicado, hacia el pueblo, y solía encontrar el aroma, no del jardín de hierbas, sino de la cena caliente de Mrs. Todd, a mitad de camino cuesta abajo. Las noches en que había reuniones vespertinas u otros actos públicos que requerían su presencia tomábamos el té muy temprano, y me recibía de vuelta como si regresara de una larga ausencia.

Una o dos veces me inventé excusas para quedarme en casa mientras Mrs. Todd hacía excursiones lejanas y regresaba tarde, con las dos manos llenas y el delantal cargado. Eran los tiempos del

poleo, y cuando la rara lobelia estaba en su mejor momento y la énula campana empezaba a abrirse. Un día se presentó en la propia escuela, en parte por curiosidad divertida por mis actividades; pero explicó que en ningún sitio de los alrededores había tanaceto con tanta vitalidad como el que crecía en el solar de la escuela. El hecho de que lo pisotearan toda la primavera lo hacía crecer mucho mejor, como a ciertas personas que lo pasan mal de jóvenes y están decididas a sacar el mayor partido posible antes de morir.

IV. DESDE LA VENTANA DE LA ESCUELA

UN DÍA LLEGUÉ a la escuela muy tarde, a causa de haber asistido al funeral de una conocida y vecina cuyo triste declive de salud había seguido de cerca, y cuyos últimos días tanto el médico como Mrs. Todd habían intentado en vano aliviar. El servicio había tenido lugar a la una, y ahora, pasadas las dos y cuarto, estaba de pie ante la ventana de la escuela, mirando el cortejo mientras avanzaba por el camino de abajo, pegado a la orilla. Era un entierro a pie, y aun desde esa distancia podía reconocer a la mayoría de los dolientes en su solemne caminar. Mrs. Begg había sido muy respetada, y un numeroso grupo de amigos la acompañaba hasta su tumba. Había crecido en una de las granjas vecinas, y las pocas veces que la había visto siempre manifestaba su gran insatisfacción con la vida en el pueblo. La gente vivía demasiado junta para su gusto, en el Landing, y no podía acostumbrarse al ruido constante del mar. Había sobrevivido a tres maridos marineros, y su casa estaba decorada con curiosidades de las Antillas, ejemplares de caracolas y fino coral que ellos habían traído de sus viajes en barcos cargados de madera. Mrs. Todd me había contado toda la historia de nuestra vecina. Habían sido amigas de juventud y, por usar su propia expresión, «las dos habían conocido el sufrimiento hasta saber lo mejor y lo peor que hay en él». Podía ver la dolorida y voluminosa figura de Mrs. Todd desde la ventana. Abría un hueco en el cortejo al caminar despacio y retrasando a los que venían detrás. Se llevaba un pañuelo a los ojos, y yo supe, con una punzada de simpatía, que su duelo no era fingido.

A su lado, tras mucho esfuerzo, reconocí a la única persona extraña y desubicada de toda la comitiva, un anciano que siempre había sido para mí un misterio. Podía ver su figura delgada y encorvada. Llevaba un abrigo estrecho de faldones largos y caminaba con bastón, con el mismo «escoramiento a sotavento» que los árboles torcidos por el viento en lo alto de la colina.

Era el capitán Littlepage, a quien yo solo había visto una o dos veces antes, sentado pálido y envejecido detrás de una ventana cerrada; nunca al aire libre hasta entonces. Mrs. Todd sacudía siempre la cabeza gravemente cuando yo le hacía alguna pregunta y decía que ya no era lo que había sido, y parecía incluirlo entre sus otros secretos. Bien podría haber pertenecido a alguna planta simple que crecía en un rincón del jardín frecuentado por babosas, para cuyo uso ella nunca se dejaba sonsacar, aunque una vez la vi cortando los brotes a la luz de la luna, como si fuera un encantamiento y no una medicina, como las grandes hojas marchitas de la sanguinaria.

Podía ver que ella intentaba seguir el paso ligero del anciano capitán. Tenía el aspecto de un saltamontes viejo de alguna extraña variedad humana. Detrás de esta pareja iba una persona menuda, impaciente, que cuidaba la casa del capitán y le daba —según creían Mrs. Todd y otros— una atención nada adecuada. Generalmente se la llamaba «esa Mari' Harris» en las conversaciones íntimas en voz baja, pero la trataban con ansiosa urbanidad cuando se la encontraban cara a cara.

Las islas resguardadas por la bahía y el mar inmenso más allá se extendían hasta el lejano horizonte al sur y al este; el pequeño cortejo en primer plano parecía fútil e indefenso al borde de la orilla rocosa. Era un día espléndido de principios de julio, con un cielo claro y alto; no había nubes, no había ruido del mar. Los gorriones cantores cantaban y cantaban, como con una alegre certeza de inmortalidad y desdén por quienes podían ocuparse tan mezquinamente de la muerte. Me quedé mirando hasta que el cortejo fúnebre dobló por un recodo de la ladera de abajo y

desapareció del gran paisaje como si se hubiera adentrado en una cueva.

Una hora después estaba ocupada en mi trabajo. De vez en cuando una abeja se colaba y me tomaba por enemiga; pero había un palo útil en el pupitre del maestro, y lo golpeaba para llamar a las abejas al orden como si fueran alumnos revoltosos, o las espantaba de sus alborotos sobre el tintero, que había comprado en la tienda del Landing y que resultó estar perfumado con bergamota, como para refrescar las labores de los angustiados copistas. Una angustiada copista se sentía muy embotada aquel día; una esquila de oveja tintineaba cerca y arrastraba tras de sí su pensamiento vagabundo. Las frases no lograban atrapar aquellas adorables cadencias del verano. Por primera vez empecé a desear tener compañía y noticias del mundo exterior, que había sido, casi sin saberlo, olvidado. Ver el entierro le producía a uno una especie de dolor. Empecé a preguntarme si no debería haberme unido a los demás en lugar de apresurarme a marcharme al final del servicio. Quizá el vestido dominical que me había puesto para la ocasión fuera el responsable de ese nefasto cambio de ánimo, pero el caso es que ahora yo misma y mis amigos recordábamos que yo no pertenecía de verdad a Dunnet Landing.

Suspiré y volví a la página a medio escribir.

V. EL CAPITÁN LITTLEPAGE

FUE MUCHO DESPUÉS; una hora era muy larga en ese pueblo costero donde nada sustraía el minuto más pequeño. Me había perdido por completo en el trabajo cuando oí pasos fuera. Había un camino empinado entre el camino de arriba y el de abajo, que yo subía para acortar el trayecto, como me habían enseñado los niños, pero yo creía que Mrs. Todd lo encontraría inaccesible, a menos que tuviera necesidad urgente de buscarme. Seguí escribiendo, como un avaro sitiado del tiempo, mientras los pasos se acercaban y la esquila de la oveja repiqueteó apresurándose como si alguien le hubiera agitado un palo ante las narices. Entonces miré y vi al capitán Littlepage pasar por la ventana más próxima; al momento siguiente llamó cortésmente a la puerta.

—Pase usted —dije, levantándome para recibirle; y él entró, saludando con mucha cortesía. Bajé del pupitre y le ofrecí una silla junto a la ventana, donde se sentó de inmediato, muy agotado por la subida. Volví a mi asiento fijo detrás del pupitre del maestro, que le dejaba a él el lugar inferior de un alumno.

—Debería usted ocupar el lugar de honor, capitán Littlepage —le dije.

—Un asiento campestre y feliz de vistas varias

—recitó, mientras contemplaba el paisaje soleado y la larga orilla arbolada. Luego me miró y observó todo a su alrededor con el placer de un niño.

—Mi cita es de *El paraíso perdido*: el mayor de los poemas, supongo que lo sabe usted —y yo asentí—. No hay nada que esté a la altura de *El paraíso perdido*, según mi criterio; es todo sublime, todo sublime —continuó—. Shakespeare fue un gran poeta; copiaba la vida, pero hay que aguantar mucho lenguaje soez.

Recordé entonces que Mrs. Todd me había dicho un día que el capitán Littlepage se había trastornado de tanto leer; también había hecho oscuras referencias a que le daban «accesos» de una naturaleza inexplicable. No pude evitar preguntarme qué asunto le había traído hasta allí en mi busca. Había algo muy encantador en su aspecto: era un rostro fino y delicado, de gran refinamiento, pero marcado por líneas que inspiraban compasión, como si hubiera sufrido de soledad y de ser malentendido. Tenía el aspecto, con su meticulosa pulcritud en el vestir, de ser el objeto de un cuidado solícito por parte de hermanas mayores y solteras, pero yo sabía que Mari' Harris era una persona de lo más vulgar e inelegante, incapaz de tales atenciones; estaba claro que el capitán era su propio atento ayuda de cámara. Estaba sentado mirándome con expectación. No pude evitar pensar que, con su curiosa cabeza y su delgadez alargada, estaba hecho para saltar por el camino de la vida más que para andar por él. El capitán estaba muy serio, y yo me ordené interiormente guardar la discreción.

—La pobre Mrs. Begg se ha ido —me aventuré a decir. Aún llevaba el vestido dominical en señal de respeto.

—Se ha ido —dijo el capitán—, muy tranquila al final, según me han dicho; se fue como si se alegrara de tener la oportunidad.

Pensé en la condesa de Carberry y sentí que la historia se repetía.

—Era de la vieja estirpe —continuó el capitán Littlepage con sinceridad conmovedora—. Era muy respetada en este pueblo y se la echará de menos.

Me pregunté, al mirarlo, si descendería de una línea de pastores protestantes; tenía el refinamiento en el aspecto y el aire de autoridad que son la herencia de las viejas familias eclesiásticas de

Nueva Inglaterra. Pero como dice Darwin en su autobiografía: «No hay rey como un capitán de barco; es más grande incluso que un rey o que un maestro de escuela».

El capitán Littlepage movió la silla fuera del rayo de sol y siguió mirándome. Empecé a tener muchas ganas de saber a qué asunto había venido.

—Puede que se descubra algún día —dijo con gravedad—. Puede que lo sepamos todo, el siguiente paso; dónde está ahora Mrs. Begg, por ejemplo. La certeza, no la conjetura, es lo que todos deseamos.

—Supongo que algún día lo sabremos todo —dije yo.

—Lo sabremos aún aquí abajo —insistió el capitán, con un rubor de impaciencia en sus mejillas finas—. No hemos buscado la verdad en la dirección correcta. Sé de lo que hablo; los que se han reído de mí saben poco cuánta razón hay en mis ideas. —Hizo un gesto señalando el pueblo de abajo—. En ese puñado de casas se creen que comprenden el universo.

Sonreí y esperé a que continuara.

—Soy un anciano, como puede usted ver —prosiguió—, y he sido capitán de barco la mayor parte de mi vida, cuarenta y tres años en total. Quizá no lo crea usted, pero tengo más de ochenta años.

No los aparentaba, y me apresuré a decírselo.

—Debe de haber dejado el mar hace bastantes años, capitán Littlepage —le dije.

—Habría sido útil al menos cinco o seis años más —respondió—. Mi conocimiento de cierto... mi experiencia en cierta ocasión, digamos, dio lugar a prejuicios. No tengo inconveniente en contarle que tuve la casualidad de enterarme de uno de los mayores descubrimientos que el hombre ha hecho jamás.

Nos acercábamos ya a terreno peligroso, pero un sentimiento repentino de compasión por sus sufrimientos a manos de los

ignorantes acudió en mi ayuda, y le pedí escuchar más con toda la deferencia que realmente sentía. En ese momento una golondrina entró en la escuela como si la persiguiera un pájaro real y se golpeó contra las paredes durante un minuto para escapar de nuevo al aire libre; pero el capitán Littlepage no prestó la menor atención al alboroto.

—Tenía un valioso cargamento de mercancía variada procedente de los muelles de Londres con destino al fuerte Churchill, un puesto de la antigua compañía en la bahía de Hudson —dijo el capitán con gravedad—. Nos retrasamos en el cargamento y nos estorbaron vientos contrarios y un mar agitado durante todo el trayecto por el norte y a través del estrecho. Luego la niebla nos mantuvo alejados de la costa, y cuando llegué finalmente al puerto era demasiado tarde para demorarme en esas aguas del norte con semejante barco y semejante tripulación. A ellos les traía sin cuidado, y con su indolencia me provocaron un ataque de enfermedad; pero mi primer oficial era un hombre bueno y excelente, sin más idea que yo de quedarse allí helado hasta la primavera, así que hicimos lo que pudimos para salir de la bahía de Hudson y alejarnos de la costa. Era dueño de una octava parte del barco, y él de una dieciseisava parte. Era un barco de vela completo llamado el *Minerva*, pero estaba envejeciendo y hacía agua. Era mi intención que fuera mi último viaje en él, y así resultó. Había sido un barco excelente en sus tiempos. De los cobardes que llevaba a bordo no puedo decir otro tanto.

—¿Naufragó usted entonces? —pregunté, pues hizo una larga pausa.

—No me cogió a popa por culpa mía —dijo el capitán sombrío—. Salimos del fuerte Churchill y pusimos proa a la bahía con buen viento; pero yo había estado muy contrariado por el papeleo de la oficina de la compañía y aterido de permanecer en cubierta intentando apresurar las cosas, y cuando estábamos ya bien mar adentro, sin tierra a la vista, poniendo rumbo al estrecho de Hudson, me dio un mal ataque de algún tipo de fiebre y tuve que quedarme

en el camarote. Los días se iban acortando, hicimos buenas jornadas, todos bien a bordo excepto yo, y la tripulación cumplió con su trabajo a fuerza de buen gobierno.

Comencé a encontrar esta inesperada narración un poco tediosa. El capitán Littlepage hablaba con una especie de lenta corrección que carecía del sabor rústico al que yo me había acostumbrado; pero escuché con respeto mientras explicaba que los vientos se habían vuelto contrarios y habló de manera fatigosa sobre su viaje, el mal tiempo y los inconvenientes que le suponía la ligereza del barco, que botaba como un corcho en un cubo y no respondía al timón ni reaccionaba como era debido al ajuste más cuidadoso de las velas.

—Así que allí estábamos, derivando a la buena de Dios —se quejó; pero mirándome en ese momento y viendo que mis pensamientos vagaban ingratamente, dejó de hablar.

—Debía de ser una vida dura en el mar por aquellos tiempos, estoy segura —dije con renovado interés.

—Era una vida de perros —dijo el pobre anciano caballero, bastante reconfortado—, pero forjaba hombres a quienes la seguían. Veo un cambio a peor incluso en nuestro propio pueblo; lleno de vagos ahora, pequeño y pobre como es, que en otro tiempo habrían seguido el mar, todos y cada uno de esos holgazanes. No hay ocupación tan adecuada como el mar para esa clase de hombres que nunca pasan del castillo de proa. Considero además que una comunidad se estrecha y se vuelve terriblemente ignorante cuando está recluida en sus propios asuntos y no obtiene conocimiento del mundo exterior más que a través de un periódico barato y sin escrúpulos. En los viejos tiempos, una buena parte de los mejores hombres de aquí conocía cien puertos y algo de cómo vivía la gente en ellos. Veían el mundo por sí mismos, y a buen seguro sus mujeres e hijos lo veían con ellos. Puede que no llevaran el mejor bagaje de conocimientos en sus viajes, pero tenían cierta familiaridad con tierras extranjeras y sus leyes, y podían ver más allá de la batalla por el cargo de secretario del ayuntamiento aquí en

Dunnet; tenían algo de sentido de la proporción. Sí, vivían con más dignidad y sus casas eran mejores por dentro y por fuera. La navegación es una pérdida terrible para esta parte de Nueva Inglaterra desde el punto de vista social, señora mía.

—Yo misma lo he pensado —respondí, con el interés bien despierto—. Explica el cambio en muchas cosas, la triste desaparición de los capitanes de barco, ¿verdad?

—Un capitán de barco tendía a adquirir el hábito de la lectura —dijo mi compañero, animándose aún más y adoptando un aire de lo más conmovedor de confidencia—. No se espera que un capitán sea íntimo con su tripulación, y por tener compañía en los días y noches aburridos recurre a los libros. La mayoría de nosotros, los viejos capitanes, llegamos a saber bastante sobre algo: uno se aficionaba a leer sobre agricultura, y algunos eran muy dados a la medicina —pero ¡Dios los tenga de su mano a sus pobres tripulaciones!—, o algunos se entregaban a la historia, y de vez en cuando había alguno como yo que dedicaba su tiempo a los poetas. Traté a un capitán que estaba loco por las abejas y la apicultura; si se lo encontraba uno en el puerto y subía a bordo, se sentaba y hablaba un tiempo terrible sobre la información que tienen las abejas y el dinero que podía ganarse criándolas. Era uno de los capitanes más listos que surcaron los mares, pero al *Newcastle*, un gran bergantín que comandó durante muchos años, lo llamaban el colmenar de Tuttle. Estaba el viejo capitán Jameson: tenía sus ideas sobre el templo de Salomón, y construyó una maqueta muy bonita del mismo, directamente a partir de las medidas de la Escritura, como otros marineros hacen maquetas de barcos y diseñan nuevos trucos de jarcia y todo eso. No, no hay nada que pueda reemplazar a la navegación en un lugar como el nuestro. Esas bicicletas me ofenden enormemente; no ofrecen ninguna oportunidad real de experiencia como la que ganaba un hombre en un viaje. No: cuando la gente se marchaba de casa en los viejos tiempos, se marchaba con un propósito, y cuando volvía a casa, se quedaba y sentía orgullo de ella. Ya no hay manera de pensar en grande: los peores han llegado

a ser los mejores y lo gobiernan todo; estamos todos del revés y vamos hacia atrás año tras año.

—Oh, no, capitán Littlepage, espero que no —dije, intentando calmar sus sentimientos.

Hubo un silencio en la escuela, pero podíamos oír el ruido del agua en una playa de abajo. Sonaba como la extraña ola de advertencia que anuncia el cambio de la marea. Un tordo dorado tardío, con la más alegre y ansiosa de las voces, cantaba muy cerca en una espesura de rosas silvestres.

VI. EL LUGAR DE LA ESPERA

—¿Cómo se las arreglaron durante el resto de ese penoso viaje en el *Minerva*? —pregunté.

—Con mucho gusto se lo explico —dijo el capitán Littlepage, olvidando sus quejas por un momento—. Si tuviera un mapa a mano podría explicarlo mejor. Nos empujaron de aquí para allá hasta bien arriba, hacia lo que solíamos llamar los Descubrimientos de Parry, y perdimos el rumbo. Había niebla espesa, y al final perdí el barco; encalló en una roca, y los pocos que quedábamos vivos logramos llegar a tierra en lo que tomé por una isla estéril. Cuando encalló por primera vez, el mar estaba algo más calmado que antes, y la mayor parte de la tripulación, desobedeciendo las órdenes, tripuló el bote grande y se fue a toda prisa, y no se volvió a saber de ellos. Nuestro propio bote volcó, pero el carpintero se mantuvo a flote con los dos y fuimos arrastrados hasta la orilla. Yo no tenía fuerzas a las que recurrir tras la reciente fiebre, y me tendí a morir; pero él encontró las huellas de un hombre y un perro al día siguiente y fue bordeando la costa hasta una de esas lejanas misiones que mantienen los Moravos. Ellos mismos eran muy pobres y estaban en dificultades; era un lugar inútil. Quedaban pocos esquimales en aquella región. Nos quedamos allí algún tiempo y vine a conocer extraños sucesos.

El capitán levantó la cabeza y me lanzó una mirada interrogante. No pude evitar notar que la expresión apagada de sus ojos había desaparecido, y en su lugar había una claridad intensa que los hacía parecer oscuros y penetrantes.

—Se esperaba un barco de suministros, y el pastor, un excelente cristiano, no dudaba de que conseguiríamos pasaje en él. Esperaba que llegaran órdenes de dismantelar la misión; pero todo era incierto, y nos arreglamos lo mejor que pudimos por un tiempo. Pescábamos y ayudábamos a la gente de otras maneras; no había otra forma de pagar nuestras deudas. Me llevaron a casa del pastor hasta que me repuse; pero estaban hacinados, y yo me sentía estorbo, y busqué la manera de unirme a un viejo marinero, un escocés, que se había construido una cálida cabaña y tenía sitio en ella para otro. Era bien considerado y había apoyado al pastor en algunas dificultades con la gente. Había participado en una de esas expediciones inglesas de exploración que encontraron un extremo del camino al polo norte, pero nunca pudieron encontrar el otro. Vivíamos como perros en una perrera, o eso habría pensado cualquiera al ver la choza desde fuera; pero lo importante era no pasar frío; había pieles de ave para echarse encima, y él se había construido una buena litera, y había otra para mí. Era de un aburrimiento terrible esperar allí; empezamos a pensar que el barco de suministros se había perdido, y mi pobre barco se fue deshaciendo y quedando esparcido por toda la orilla. Nos pusimos a vigilar desde los promontorios; mis hombres y yo sabíamos que la gente escaseaba de provisiones y tenía que apretarse el cinturón. En la Biblia debería poner «El hombre no puede vivir solo de pescado», si hubieran dicho la verdad de las cosas; ino es el pan lo que más se echa de menos! Al principio, el viejo Gaffett, con quien vivía, parecía sin habla, y no sabía qué pensar de él, ni él de mí, supongo; pero a medida que nos fuimos conociendo, descubrí que había pasado más desastres que yo y tenía penas que no le iban a dejar vivir mucho tiempo. Le aliviaba la mente hablar con alguien comprensivo, así que nos sentábamos a charlar todo el día si llovía o soplaba el viento y no podíamos salir. Recibí un golpe fuerte en la nuca cuando llegamos a tierra, y me dolía a veces, y mi fuerza estaba igualmente mermada; nunca he vuelto a ser igual desde entonces.

El capitán Littlepage se ensimismó.

—Entonces me aproveché de mis lecturas —explicó al poco—. No tenía libros; el pastor apenas hablaba inglés, y todos sus libros eran en lengua extranjera; pero yo me recitaba todo lo que podía recordar. Los viejos poetas no sabían qué consuelo podían ser para un hombre. Conocía bien la obra de Milton, pero allí arriba me parecía que Shakespeare era el rey; tiene sus términos marineros muy precisos, y algunos hermosos pasajes que calmaban la mente. Podía recitarlos hasta que se me saltaban las lágrimas; no había nada hermoso para mí en aquel lugar más que las estrellas del cielo y esos fragmentos de verso.

»Gaffett siempre dándole vueltas y más vueltas, hablando para sí; le aterraba no poder marcharse nunca, y eso le carcomía. Creía que cuando yo llegara a casa podría interesar a los hombres de ciencia en su descubrimiento; pero ellos están todos absortos en sus propias ideas; algunos ni se molestaron en contestar las cartas que escribí. Observe que dije que ese hombre tullido, Gaffett, había embarcado en un viaje de exploración. Le digo ahora que el barco se perdió en el regreso, y que solo Gaffett y dos oficiales se salvaron en la costa de Groenlandia, y que luego tuvo noticia de que esos hombres nunca llegaron a Inglaterra; el bergantín en que embarcaron fue embestido de noche. De modo que ningún otro ser vivo tenía los hechos, y me los dio a mí. Hay una extraña especie de país allá arriba al norte, más allá del hielo, y gente extraña viviendo en él. Gaffett creía que era el mundo siguiente a este.

—¿Qué quiere decir usted, capitán Littlepage? —exclamé. El anciano se inclinaba hacia delante y hablaba en susurros; miró por encima del hombro antes de pronunciar la última frase.

—Escuchar al viejo Gaffett contarlo era algo terrible —dijo, reanudando su relato con bastante calma después de que pasara el momento de excitación—. Era primero un relato de perros y trineos, frío y viento y nieve. Luego empezaron a notar que el hielo se volvía poroso; habían quedado atrapados, y entraron en una corriente que fluía hacia el norte, muy al norte, más allá del canal de Fox, y se pasaron a los botes cuando el barco quedó aplastado, y esa

corriente cálida los arrastró fuera del alcance de la vista del hielo y a un gran mar abierto; y continuaron siguiéndola rumbo al norte, precisamente en la dirección que habían planeado seguir. Entonces dieron con una costa que no estaba cartografiada ni registrada, pero los acantilados eran tales que ningún bote podía desembarcar hasta que encontraron una bahía y se cruzaron a vela hacia el otro lado, donde la orilla parecía más baja; las provisiones escaseaban y no tenían agua, pero divisaron algo que parecía una gran ciudad. "¡Por Dios, Gaffett!" —le dije la primera vez que me lo contó—. "¿No me dirá usted que era una ciudad a dos grados más al norte que ningún barco había llegado nunca?" —pues él tenía su ruta marcada en un viejo mapa que había remendado por la parte de arriba; pero él insistía y lo contaba una y otra vez, para asegurarse de que yo lo había entendido bien para llevárselo a quienes pudieran interesarse. No había nieve ni hielo, dijo, después de haber navegado unos días con esa corriente cálida, que parecía venir de debajo del hielo por el que habían estado aprisionados y habían cruzado a pie durante semanas.

—¿Pero qué hay de la ciudad? —pregunté—. ¿Llegaron a la ciudad?

—Llegaron —dijo el capitán—, y encontraron habitantes; era una situación horrible. Parecía, por lo que Gaffett podía expresar, un lugar donde no había ni vivos ni muertos. Podían ver el lugar cuando se acercaban desde el mar, más o menos como cualquier ciudad, y con abundantes moradas; pero de repente lo perdían de vista por completo, y cuando se acercaban mucho a la orilla podían ver las formas de personas, pero nunca podían acercarse a ellas; figuras de niebla gris que pasaban solas o a veces se reunían en grupos como si estuvieran observando. Los hombres se asustaron al principio, pero las formas nunca se aproximaban; era como si retrocedieran sopladitas; y al final todos se animaron y desembarcaron, y encontraron huevos de aves y aves marinas, como en cualquier paraje norte salvaje donde las criaturas son mansas y nunca ha habido gente, y había agua buena. Gaffett decía que él y otro hombre se acercaron a una de esas figuras de niebla que avanzaba

despacio con el aspecto de cargar un fardo en la espalda, entre las rocas, y lo persiguieron; pero ¡válgame Dios!, se esfumó ante sus ojos como una hoja que se lleva el viento, o un trozo de telaraña. Actuaban como si hablaran entre ellas, pero no se oía ningún sonido de voces, y «actuaban como si no nos vieran, sino solo sintieran que nos acercábamos», decía Gaffett un día, intentando relatar los pormenores. No podían ver la ciudad cuando estaban en tierra. Un día el capitán y el médico estuvieron fuera hasta la noche por lo alto del terreno donde la ciudad había parecido estar, y volvieron de noche rendidos y blancos como el papel, y escribieron y escribieron todo el día siguiente en sus cuadernos, y cuchichearon entre ellos llenos de agitación, y respondían con brusquedad a los hombres cuando intentaban hacer alguna pregunta.

»Luego llegó un día —dijo el capitán Littlepage, inclinándose hacia mí con una mirada extraña en los ojos, cuchicheando rápidamente—. Los hombres juraron que no se quedarían más tiempo; el centinela de guardia temprano por la mañana dio la alarma, y todos se pusieron a remar en el bote y se alejaron un poco de la orilla. Esas gentes, o lo que fuesen, los rodearon como murciélagos; de repente levantaron ejércitos incesantes y avanzaron como para empujarlos de vuelta al mar. Se apostaban apiñados al borde del agua como las crestas de la guerra sombría; ningún pensamiento de huida, ningún retroceso. A veces una lucha de pie, luego remontando en el ala principal atormentaban todo el aire. Y cuando ya tenían el bote fuera del alcance del peligro, Gaffett decía que miraron atrás, y allí estaba la ciudad otra vez, alzándose tal y como la habían visto la primera vez al acercarse a la costa. Dijera lo que dijera uno, todos creían que era una especie de lugar de espera entre este mundo y el siguiente.

El capitán se había puesto de pie de un salto en su excitación y hacía gestos agitados, aunque seguía cuchicheando con voz ronca.

—Siéntese usted —dije con la mayor calma que pude, y él se hundió en la silla, bastante agotado.

—Gaffett creía que los oficiales se apresuraban a volver para informar y organizar una nueva expedición cuando los perdieron a todos —explicó el anciano poco después en un tono más natural—. En su momento, los hombres recibieron órdenes de no hablar de lo que habían visto.

—¿No estaban todos hambrientos, y no sería un espejismo o algo por el estilo? —me aventuré a preguntar. Pero me miró sin comprender.

—Gaffett había llegado al punto de no pensar en nada más —prosiguió—. El cirujano del barco soltó una opinión al capitán, un día, de que era alguna condición de la luz y de las corrientes magnéticas lo que les permitía ver a esas gentes. No era una parte del mundo donde uno se sintiera cómodo; tuvieron que pelear con la brújula para que les sirviera, y todo parecía ir mal. Gaffett había llegado a la conclusión, por su cuenta, de que todos eran fantasmas corrientes, pero que las condiciones eran inusitadamente favorables para verlos. Siempre hablaba de la Sociedad Geográfica, pero nunca tomó las medidas adecuadas, a mi modo de ver, y se quedó en aquella misión. Estaba bastante impedido y temía que lo encerraran en alguna especie de hospital de mala muerte. Decía que esperaba encontrar a las personas adecuadas a las que contárselo, algún navegante con rumbo al norte. De vez en cuando paraban allí para dejar correspondencia o algo así. Tenía sus ideas fijas, y dejó pasar dos o tres expediciones de exploración respetables porque no le gustaba su pinta; pero cuando yo estaba allí se había puesto nervioso, temiendo que lo llevaran a algún sitio o algo así. Tenía todas sus instrucciones escritas en limpio para dárselas a las personas indicadas. Yo quería que me las confiara, para tener algo que mostrar, pero no quiso. Supongo que ya habrá muerto. Le escribí y lo intenté todo. Será una gran hazaña algún día de estos.

Asentí distraídamente, pensando más en ese momento en el aspecto alerta y decidido de mi compañero y en la prestancia marinera que había cobrado su semblante; pero en ese instante se produjo un cambio súbito y volvió su antiguo aspecto patético y

erudito. Detrás de mí colgaba un mapa de América del Norte, y vi, al girarme ligeramente, que sus ojos estaban fijos en las regiones más septentrionales y en sus cuidadosos trazados recientes con una expresión de perplejidad.

VII. LA ISLA LEJANA

GAFFETT CON SU buena litera y las pieles de ave, el relato del naufragio del *Minerva*, las criaturas de forma humana hechas de niebla y telaraña, las grandes palabras de Milton con que describía su embestida sobre la tripulación, todo ese conmovedor relato tenía tal aire de verdad que no podía discutir con el capitán Littlepage. El anciano apartó la vista del mapa como si este lo hubiera perturbado vagamente, y me miró con expresión suplicante.

—Estábamos hablando de... —y se detuvo. Vi que de repente había olvidado el tema.

—Había mucha gente en el funeral —me apresuré a decir.

—Oh, sí —respondió el capitán con satisfacción—. Todos los que pudieron mostraron su respeto. Las tristes circunstancias se me habían ido un momento de la mente. Sí, Mrs. Begg va a echarse mucho de menos. Era una administradora excelente cuando su marido estaba en el mar. Oh, sí, la navegación es una pérdida muy grande. —Y suspiró hondo—. Casi no había un hombre de posición que no se interesara de alguna manera por la navegación. Siempre daba crédito a un pueblo. Ahora digo que estamos en marea baja aquí en Dunnet.

Se levantó con dignidad para despedirse y me pidió que pasara por su casa algún día, cuando me mostraría algunas cosas exóticas que había traído del mar. Yo estaba bien familiarizada con el tema de la decadencia de los intereses de la navegación en todas sus afectantes vertientes, llevando ya algún tiempo en Dunnet, y tenía la

seguridad de que la mente del capitán Littlepage había vuelto a un nivel tranquilo.

Mientras bajábamos la colina hacia el pueblo nuestros caminos se separaron, y cuando vi al viejo capitán bien encarrilado en un trozo liso de acera que le llevaría hasta su propia puerta, nos despedimos, los mejores amigos. «Pase alguna tarde», me dijo, con tanto afecto como si yo fuera un compañero de navegación naufragado en la costa a sotavento de la vejez, igual que él. Me encaminé hacia casa y pronto encontré a Mrs. Todd acercándose a mí con expresión de inquietud.

—La vi usted escoltando al anciano señor colina abajo —apuntó.

—Sí. He tenido una tarde muy interesante con él —respondí, y su semblante se iluminó.

—Ah, entonces está bien. Me temía que fuera uno de sus accesos de desvarío, y que Mari' Harris no...

—Sí —respondí sonriendo—, me ha estado contando algunas viejas historias, pero también hablamos de Mrs. Begg y del funeral, y de *El paraíso perdido*.

—Supongo que se puso a contarle sus grandes narraciones —dijo ella, mirándome con perspicacia—. Los funerales siempre le dan cuerda. Algunos de esos relatos se sostienen razonablemente bien —añadió con una mirada más aguda que antes—. Y ha sido un gran lector todos sus años en el mar. Algunos creen que se pasó y que le afectó la cabeza, pero para ser un hombre de sus años está asombroso cuando está en su mejor momento. ¡Oh, fue un hombre hermoso!

Estábamos de pie donde había una magnífica vista del puerto y de sus largas extensiones de orilla cubiertas todas por el gran ejército de los abetos puntiagudos, encapotados de oscuro y erguidos como si esperaran para embarcar. Mientras mirábamos mar adentro entre las islas exteriores, los árboles parecían seguir avanzando hacia el mar, ascendiendo steadily por las alturas y bajando hasta el borde del agua.

Había ido oscureciéndose y nublándose, como la primera tarde del otoño, y una sombra había caído sobre la costa que se oscurecía. De repente, al mirar, un destello de dorado sol tocó las islas exteriores, y una de ellas brilló clara en la luz, revelándose de modo apremiante a nuestros ojos. Mrs. Todd miraba al otro lado de la bahía con un semblante lleno de afecto e interés. El rayo de sol sobre esa isla más alejada la hacía parecer una revelación súbita del mundo más allá de este en el que algunos creen tan cercano.

—Ahí es donde vive mi madre —dijo Mrs. Todd—. ¿Se ve bien a plano? Me crié allá fuera en la isla Verde. Conozco cada roca y cada mata.

—¡Su madre! —exclamé con gran interés.

—Sí, querida, claro; la tengo todavía, por vieja que soy. Es una de esas mujeres ágiles y de paso ligero; siempre lo fue, y de corazón alegre también —respondió Mrs. Todd con satisfacción—. Ha conocido todos los sufrimientos que puede conocer una persona, fuera de su última enfermedad, y tiene una palabra de aliento para todos. La vida no la ha estropeado nada. Tiene ochenta y seis años y yo tengo sesenta y siete, y ha habido momentos en que me he sentido bastante más mayor. «¡Caramba, mujer!», me dijo la última vez que fui a verla. «¡Cómo pataleas para entrar en un bote!» Me reí tanto que casi me caigo al agua; y empujamos alejándonos, y la dejamos riendo en la orilla.

La luz se había ido apagando mientras mirábamos. Mrs. Todd había trepado a una roca gris y estaba allí de pie, grandiosa y arquitectónica, como una cariátide. Luego bajó y continuamos nuestro camino a casa.

—Usted y yo, algún día cogeremos un bote y saldremos a ver a madre —me prometió—. A ella le daría mucho gusto, y hay una o dos hierbas escasas que crecen mejor en la isla que en ningún otro sitio. No he visto su igual aquí en tierra firme.

—Ahora mismo voy a bajar a traernos a las dos una taza de mi cerveza —anunció al entrar en casa—, y creo que le echaré un poco

de manzanilla. Con lo del funeral y todo, noto que ha sido una tarde muy agotadora.

La oí bajar a la fría despensita, y luego hubo un buen rato de demora. Cuando regresó, jarra en mano, noté el sabor de la manzanilla a pesar de mi protesta; pero su sabor estaba disimulado por alguna otra hierba que yo no reconocía, y se quedó de pie sobre mí hasta que lo bebí todo y dije que me gustaba.

—A todo el mundo no le doy esto —dijo Mrs. Todd con amabilidad; y por un momento sentí como si fuera parte de un hechizo e incantación, y como si mi hechicera fuera a adoptar ahora el aspecto de las figuras de telaraña de la ciudad ártica. No ocurrió nada más que una tranquila velada y algunos deliciosos planes que trazamos sobre la visita a la isla Verde, y a la mañana siguiente llegaron el sol claro y el cielo azul de otro día.

VIII. LA ISLA VERDE

UNA MAÑANA muy temprano oí a Mrs. Todd en el jardín bajo mi ventana. Por el volumen inusual de sus comentarios a un transeúnte y las notas de un himno familiar que cantaba mientras trabajaba entre las hierbas, y que llegaban como dirigidas expresamente a los oídos adormilados de mi conciencia, supe que deseaba que me despertara y saliera a hablar con ella.

A los pocos minutos respondí a una voz mañanera desde detrás de los postigos. «Supongo que irá usted a su escuela a pasarse todo este agradable día; sí, supongo que va a estar terriblemente ocupada», dijo con desaliento.

—Quizá no —dije—. ¿Por qué, qué le pasa, Mrs. Todd? —Pues supuse que el buen tiempo la tentaba a emprender una de sus expediciones favoritas por la orilla y los pastizales en busca de hierbas y simples, y querría que yo le guardara la casa.

—No, no quiero ir a ninguna parte por tierra —respondió con alegría—, no por tierra; pero no creo que tengamos un día mejor en lo que queda de verano para salir a la isla Verde y ver a madre. Me desperté temprano pensando en ella. El viento es suave del nordeste, nos llevará recto hasta allá, y a estas alturas del año lo más probable es que gire al sudoeste y nos traiga de vuelta muy bien a última hora de la tarde. Sí, va a ser un buen día.

—Dígaselo al capitán y al chico Bowden si ve a alguien que vaya hacia el embarcadero —dije—. Tomaremos el bote grande.

—¡Oh, por el amor de Dios! Déjeme hacer las cosas a mi manera —dijo Mrs. Todd con desdén—. No, querida, no tomaremos ningún bote grande. Yo misma conseguiré un dory manejable, y Johnny Bowden y yo lo manejaremos. No quiero mejor bote que un buen dory, y una brisa suave no va a levantar ningún oleaje; y Johnny es hijo del primo de mi madre, a madre le gustará que venga; y de todos modos pasará todo el tiempo que estemos allí en las cercanías del corral de arenques; no queremos llevar a ningún hombre que haya que estar considerando a cada momento y que nos quite todo el tiempo. No, déjeme hacer; nos escurriremos tranquilamente y veremos a madre nosotras solas. El desayuno que va a querer creo que estará listo ahora mismo.

Yo conocía bien a Mrs. Todd como casera, herborista y filósofa rústica; habíamos sido discretas compañeras de viaje alguna que otra vez cuando yo había subido en barco por la costa hasta un pueblo más grande que Dunnet Landing para hacer algunas compras; pero aún me quedaba por conocerla como marinera. Una hora después empujamos desde el embarcadero en el dory deseado. La marea estaba justo en el cambio, empezando a bajar, y varios amigos y conocidos se alineaban a lo largo del desvencijado muelle y nos animaban con sus palabras y su evidente interés. Johnny Bowden y yo remábamos apresuradas para salir adonde pudiéramos coger el viento e izar la pequeña vela que yacía torpemente enrollada a lo largo del borde de la borda. Mrs. Todd estaba a popa, legisladora severa e inflexible.

—Mejor déjenla derivar; llegaremos más o menos igual de rápido; la marea la sacará de debajo de estos viejos edificios; afuera hay viento de sobra.

—¡Su bote no está bien trimado, Mrs. Todd! —exclamó una voz desde la orilla—. ¡Con esa carga el bote arrastrará; no podrá ponerse con el viento, señora. Siéntese en el centro, Mrs. Todd, y deje al chico aferrar la escota y gobernar cuando ize la vela; nunca llegará así a la isla Verde. El bote está mal cargado, el suyo está pesado por detrás como está ahora!

Mrs. Todd giró con alguna dificultad y miró al ansioso consejero, mi remo derecho salió disparado del agua y estuvimos a punto de volcar. —¿Eres tú, Asa? Buenos días —dijo educadamente—. Siempre me gustó más el asiento de popa. ¿Cuándo has vuelto del interior?

Esta alusión al origen de Asa no pasó desapercibida para el resto de la concurrencia. Estábamos ya a cierta distancia de la orilla, pero se oía una risilla burlona, y Asa, persona siempre demasiado pronta con sus críticas y sus consejos sobre todo tema imaginable, se dio la vuelta y se marchó indignado.

Cuando atrapamos el viento pronto estuvimos en nuestro rumbo mar adentro, y solo nos detuvimos para rastrear un palangre cuyos flotadores Mrs. Todd buscó con atención, explicando que su madre podía no estar preparada para tres comensales más en la cena; era el palangre de su hermano, y quería echarle un vistazo en busca de un abadejo adecuado. Me incliné sobre el costado del bote con gran interés y emoción mientras ella manejaba con destreza la larga línea de anzuelos y hacía comentarios despreciativos sobre las inútiles criaturas del mar que consumían el cebo sin más, revisándolas y dejándolas en el palangre o sacudiéndolas de vuelta a las olas. Por fin dio con lo que llamó un abadejo en condiciones, y habiéndolo subido a bordo y acabado con su vida con decisión, proseguimos nuestro camino.

Mientras navegábamos escuché un comentario cada vez más delicioso sobre las islas, algunas de ellas peñas estériles, o que en el mejor de los casos ofrecían un pasto escaso para las ovejas a principios del verano. En una de estas, un ansioso rebaño corrió al borde del agua y beló hacia nosotras de manera tan afectante que yo habría parado con gusto; pero Mrs. Todd se alejó de las rocas y regañó al mezquino dueño de las ovejas, conocido suyo, que escatimaba la poca sal y menos aún los cuidados que esas pacientes criaturas necesitaban. El sofocante sol del pleno verano convierte en prisiones esas pequeñas islas que son un paraíso a principios de junio, con sus frescos manantiales y su hierba corta y densa. En una

isla mayor, más alejada en el mar, mi entretenida compañera me mostró con regocijo las pequeñas casas de dos granjeros que se repartían la isla entre ellos, y declaró que durante tres generaciones aquellos hombres no se habían dirigido la palabra ni siquiera en tiempos de enfermedad, muerte o nacimiento. «Cuando llegó la noticia de que había terminado la guerra, uno de ellos lo supo una semana antes y nunca cruzó la valla para decírselo al otro», dijo—. Ahí los tienes; lo disfrutan; tienen que tener algo que les interese en tal sitio; resulta bastante más difícil estar atado a personas que no te gustan que estar solo. Cada cual cuenta sus quejas a los vecinos; muchos se prestan a escucharlas y contarlas de nuevo; quien lleva un hueso lo lleva de vuelta, y así mantienen la pelea viva. Yo debo de decir que prefiero la variedad; hay quien lava los lunes y plancha los martes todo el año, aunque pase el circo por delante de su casa.

Mucho antes de llegar a la isla Verde podíamos ver la casita blanca, alzada como un faro, donde Mrs. Todd había nacido y donde vivía su madre, en una ladera verde sobre el agua, con bosques oscuros de abetos más arriba. Había cultivos en los campos, que fuimos distinguiendo unos de otros. Mrs. Todd los examinaba desde que estábamos aún muy lejos en el mar. «Las patatas tardías de madre tienen mala pinta; no ha llovido bastante hasta ahora», emitió su opinión. «Están más llenas de maleza que lo que llaman la Calle Mayor allá abajo en Cowper Centre. Supongo que el hermano William está tan ocupado con sus corrales de arenques y suministrando cebo a las goletas que no piensa ni una vez al día en la tierra».

—¿Para qué es esa bandera, ahí arriba entre los abetos, detrás de la casa? —pregunté con curiosidad.

—Oh, esa es la señal del arenque —me explicó amablemente, mientras Johnny Bowden me miraba con desdeñoso asombro—. Cuando tienen suficiente para las goletas izan esa bandera; y cuando la pesca es escasa en el corral solo lanzan una pequeña señal junto a la orilla, y entonces vienen los botes pequeños y cogen suficiente y de sobra para sus palangres. ¡Mire, mire! Ahí está:

madre nos ve; está saludando con algo desde la puerta delantera. Estará en el embarcadero tan rápido como nosotras.

Miré y pude ver un pequeño aleteo en la puerta, pero una señal más viva había viajado del corazón en tierra al corazón en el mar.

—¿Cómo cree usted que sabe que soy yo? —dijo Mrs. Todd con una tierna sonrisa en su ancho rostro—. Mire la chimenea ahora; ha entrado enseguida a avivar el fuego. Bueno, me alegra que madre esté bien; va a disfrutar mucho viéndola.

Mrs. Todd se recostó en su posición correcta y el bote volvió a equilibrarse. Afirmó con más fuerza la escota y lanzó una mirada impaciente a la botavara y al filo de la vela pequeña, y sacudió la escota como si arreara el viento cual a un caballo. Al instante llegó una ráfaga fresca, y pareció que habíamos doblado la velocidad. Pronto estuvimos suficientemente cerca para ver una figura menuda con la cabeza pañolada que bajaba por el campo y esperaba en la caleta sobre un arco de playa de guijarros.

Poco después el dory raspó contra los guijarros, y Johnny Bowden, que había sido mantenido en espera durante el viaje, saltó y realizó varoniles esfuerzos para remolcarnos con la siguiente ola, de modo que Mrs. Todd pudiera desembarcar sin mojarse.

—Lo has hecho muy bien —dijo, poniéndose de pie y desembarcando algo envarada pero con gran dignidad, rechazando nuestras manos tendidas y volviendo para hacerse con una bolsa que había tenido a sus pies.

—¡Bueno, madre, aquí estoy! —anunció con indiferencia; pero las dos se miraron radiantes.

—¿No está bien conservada para ser una anciana? —dijo la madre de Mrs. Todd, volviéndose de su hija para hablarme a mí. Era una persona deliciosa, menuda, con ojos vivos y un aire afectuoso de expectación como el de un niño en un día de fiesta. Uno sentía como si Mrs. Blackett fuera una antigua y querida amiga antes de soltar su cordial mano. Emprendimos el camino cuesta arriba todas juntas.

—Ahora no vaya usted demasiado deprisa, madre —dijo Mrs. Todd con tono de advertencia—; es un buen trecho de terreno en subida hasta la puerta delantera, y no se sentará a recuperar el aliento cuando esté allí, sino que irá trotando de acá para allá. No dé ni un paso más rápido de lo que vamos con esta bolsa y este cesto. Johnny de allí subirá el abadejo. Solo hice una parada para rastrear el palangre de William hasta dar con el tipo de pescado que pensé que te gustaría para hacer uno de tus buenos guisos. He traído una cebolla que estaba en el alféizar de casa.

—Es justo lo que quería —dijo la anfitriona—. Suspiré cuando habló del guiso, sabiendo que se me habían acabado las cebollas. William se olvidó de reponer cuando fue al Landing la última vez. No se dé tanta prisa usted misma, Almiry, cuesta arriba. Ya la oigo resollar.

Esta suave revancha pareció proporcionar gran placer a quien la daba y a quien la recibía. Se rieron un poco, se miraron con afecto, y luego me miraron a mí. Mrs. Todd se detuvo con tacto y se volvió a contemplar la amplia vista del mar. Me alegré de parar, pues yo estaba más sin aliento que cualquiera de mis dos compañeras, y prolongué el descanso preguntando los nombres de las islas vecinas. Soplabla una brisa fuerte, que sentíamos más allí en lo alto que cuando corríamos con ella en el dory.

—Vaya, ¿no es ese el gatito que vi la última vez que vine, el que dije que no tenía buena pinta? —exclamó Mrs. Todd al reanudar el camino.

—Ese mismo es, Almiry —dijo su madre—. Siempre me pareció prometedor, y va directo a los negocios. Nunca he visto tanto cazador de ratones con su edad. Si no fuera por William, no habría mantenido tan largo tiempo a ese otro gato perezón; pero él le tiene cariño por tener el rabo corto. No veo oportuno mantener gatos solo por tener el rabo corto; son como todas las rarezas, buenos para quien quiere verlas dos veces. Este gatito caza ratones por los dos y me mantiene respetable como no lo había estado en un año. Es una ayudita muy lista y comprensiva, este gatito. Lo elegí entre cinco

que tenía Miss Augusta Pernel en la isla Quemada —dijo la anciana, caminando con el gatito pegado a sus faldas—. Augusta me dijo: "¿Por qué, Mrs. Blackett, ha cogido usted el más feo?"; y yo le dije: "He cogido el más listo; estoy satisfecha".

—A nadie confiaría más que a usted la elección de un gatito, madre —dijo la hija con generosidad, y proseguimos en paz y armonía.

La casa estaba justo ante nosotras ahora, en una planicie verde que parecía como si una mano enorme la hubiera excavado del largo campo verde que habíamos estado ascendiendo. Un poco más arriba el bosque oscuro de abetos comenzaba a trepar por la cima de la colina y a cubrir las laderas que daban al mar. Solo había sitio justo para la pequeña granja y el bosque; miramos hacia la casa del pescado y sus toscos cobertizos, y los corrales extendiéndose mar adentro. Al mirar hacia arriba, las copas de los abetos recortaban el cielo azul. A espaldas de la isla, hacia el este, había una gran extensión de pastizal accidentado, y allí estaban las rocas grises dispersas en abundancia, que mantenían sus puestos, y los lomos grises de muchas ovejas que vagaban y pastaban eternamente en el fino y dulce pasto que bordeaba los salientes y formaba suaves hondonadas y franjas de césped verde como terciopelo en crecimiento. Podía ver el verde intenso de los arbustos de mirto aquí y allá, donde las rocas dejaban espacio. El aire era muy puro; uno no podía evitar desear ser habitante de tan pequeño y completo continente, hogar de pescadores.

La casa era amplia y limpia, con un tejado que parecía pesado sobre sus bajas paredes. Era una de las casas que parecen arraigadas en la tierra, como si dos tercios estuvieran bajo la superficie, a modo de icebergs. La puerta delantera estaba abierta de par en par en espera de visitas, y una vid ordenada crecía a cada lado; pero nuestro camino llevaba a la puerta de la cocina en el extremo de la casa, y allí crecía una masa de flores alegres y vegetación, como si hubiera sido barrida en un montón enmarañado por alguna escoba de jardín diligente: había verdolagas a lo largo de

todo el escalón inferior, extendiéndose hasta la hierba, y malvas trepadoras que se acercaban todo lo que se atrevían, como parientes pobres. Vi los ojos brillantes y las cabecillas sin seso de dos pollitos que se habían acurrucado entre las malvas como si los hubieran alejado de la puerta más de una vez y esperaran que volviera a ocurrir.

—Parece un poco formal entrar así —dijo Mrs. Todd con impulsividad, al pasar junto a las flores y llegar al umbral frontal; pero era atenta a las conveniencias, y entró delante de nosotras a la mejor habitación, a la izquierda.

—Pero madre, ¡isi has ido y dado la vuelta a la alfombra! —exclamó, con algo en la voz que hablaba de asombro y admiración—. ¿Cuándo lo has hecho? Supongo que Mrs. Addicks vino a ayudarte desde White Island Landing.

—No, no vino —respondió la anciana, erguida con orgullo y sacando el mayor partido de un gran momento—. Lo hice yo sola con la ayuda de William. Tuvo un día libre, y se puso manos a la obra conmigo; y la alfombra quedó bien sacudida en el prado, y vuelta del revés, y colocada de nuevo antes de irnos a dormir. Le di la vuelta y cosí dos de esas franjas largas. No había dormido tan bien en dos años.

—¡Fíjate lo que es tener una madre así con ochenta y seis años! —dijo Mrs. Todd, plantándose ante nosotras como una gran figura de la Victoria.

En cuanto a la madre, adoptó de repente un aspecto de juventud; uno sentía como si prometiera un gran futuro y estuviera empezando, no acabando, sus veranos y sus alegres afanes.

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Todd—. Yo no habría podido hacerlo, tengo que reconocerlo.

—Me alegré mucho de quitármelo de la cabeza —dijo Mrs. Blackett con humildad—; más aún porque hacia principios de la semana siguiente no estuve muy bien. Supongo que fue el cambio de tiempo.

Mrs. Todd no pudo resistir una mirada significativa hacia mí, pero con encantadora discreción se abstuvo de señalar la moraleja o de relacionar esta enfermedad con su causa aparente. Parecía más imponente que nunca en la pequeña sala de estilo antiguo, con sus pocas piezas de buen mueble y cuadros de interés nacional. Los visillos verdes estaban estampados con paisajes convencionales de aire extranjero: castillos en riscos inaccesibles y lagos hermosos de orillas escarpadas y arboladas; por el suelo la alfombra atesorada estaba cubierta de alfombrillas tejidas en casa. Había lámparas de cristal vacías y ramos cristalizados de gramíneas y algunas conchas bonitas en la estrecha repisa de la chimenea.

—En esta habitación me casé —dijo Mrs. Todd de improviso; y la oí suspirar después de hablar, como si no pudiera evitar el toque de nostalgia que se colaba siempre con todos sus pensamientos de felicidad.

—Estábamos allí mismo entre las ventanas —añadió—, y el pastor estaba aquí. William no entró. Siempre fue raro para estar con gente, igual que ahora. Yo salía corriendo a recibirlos de niña, y William se echaba a correr.

—Yo soy la que gané —dijo la anciana madre con alegría—. William ha sido hijo e hija a la vez desde que te casaste y te fuiste de la isla. Ha estado muy satisfecho de quedarse en casa con su vieja madre, pero siempre les digo que soy yo la que gané.

Todas nos encaminamos hacia la cocina como por instinto común. La mejor habitación evocaba demasiado las ocasiones solemnes, y las persianas estaban todas bajadas para cerrar el paso a la luz y el aire del verano. Era sin duda un tributo a la Sociedad encontrar una habitación reservada para sus exigencias allá en aquella isla aparentemente tan sin vecinos y remota. Las visitas vespertinas y las reuniones nocturnas debían de ser escasas en tan inclemente situación en ciertas épocas del año, pero Mrs. Blackett era de las que no viven para sí mismas, y hacía tiempo que había cruzado la línea que separa el mero interés propio de la valiosa participación en todo lo que la Sociedad puede dar y recibir. Había entre sus vecinas

quienes nunca se habían molestado en amueblar una sala de recibir, pero Mrs. Blackett era de las que conocen el uso de un salón.

—Sí, vengan directamente a la vieja cocina; no voy a tratarlas como a forasteras —nos invitó amablemente, después de que las hubieran recibido correctamente en la habitación destinada a la formalidad—. Calculo que Almiry, aquí, saldrá a perderse entre las malas hierbas del pastizal en cuanto encuentre una buena excusa. Hace calor ahora. Mejor se contentan hasta que hayan descansado bien, y más tarde llegará la brisa del mar y podrán dar sus paseos e ir a ver el panorama desde el saliente grande. Almiry querrá enseñarles todo lo que hay. Luego les prepararé una buena taza de té antes de que emprendan el camino a casa. Los días son bien largos ahora.

Mientras hablábamos en la mejor habitación, el pescado seleccionado había subido misteriosamente de la orilla y yacía limpio y listo en un puchero de barro sobre la mesa.

—Podría haber parado un momento y dicho algo —observó Mrs. Todd, haciendo un mohín de gran ofensa al verlo—. Es bastante amable cuando viene a tierra, y la última vez fue extraordinariamente sociable, para él.

—No es muy dado a ser sociable con las señoras —explicó la madre de William con una mirada deliciosa hacia mí, como si contara con mi amistad y tolerancia—. Es muy particular, y hoy lleva toda su ropa vieja de pescador. Querrá que le cuente todo lo que usted ha dicho y hecho cuando se hayan ido. William tiene afectos muy profundos. Querrá verla, Almiry. Sí, supongo que aparecerá dentro de un rato.

—Si no, saldré yo a buscarlo, —proclamó Mrs. Todd con aire de resolución inquebrantable—. Sé todas sus guaridas a lo largo de la orilla. Lo pillo antes de que se dé cuenta. Con William tengo algún asunto, de todas formas. Traigo cuarenta y dos centavos que le debía por esas últimas langostas que trajo.

—Me los puedes dejar a mí —sugirió la menuda madre, que ya andaba entre sus ollas y cazuelas en la despensa, preparándose para hacer el guiso.

Me apoderé de una curiosidad repentina e inusual respecto a William, y sentí que perdería la mitad del placer de la visita si no podía hacerme con la interesante compañía de su persona.

IX. WILLIAM

MRS. TODD HABÍA sacado la cebolla de su cesto y la había dejado sobre la mesa de la cocina. —Ya sabe que viene con nosotras Johnny Bowden —le recordó a su madre—. Tendrá hambre de comerse a sí mismo de su tamaño.

—Tengo rosquillas nuevas, querida —dijo la menuda anciana—. William y yo no solemos quedarnos sin provisiones. Quizá podría haber elegido un pescado algo mayor, pero veré lo que puedo hacer. Habrá que echar unas cuantas patatas más, pero ahí fuera hay un campo lleno, y el azadón está apoyado contra la caseta del pozo, entre las judías trepadoras. —Sonrió y asintió con autoridad a su hija.

—¡Por todos los cielos! Toquemos el cuerno para llamar a William —insistió Mrs. Todd con cierta agitación—. No tiene por qué humillarse tanto como para entrar él solo. Sabrá que le necesitas para algo importante, y entonces podremos llamarle cuando suba por el camino. No le voy a causar ningún disgusto.

El anciano rostro de Mrs. Blackett adoptó por primera vez una expresión de preocupación, y juzgó necesario contrarrestar el espíritu burlón de Almira. Era demasiado agradable quedarse dentro del todo, incluso en compañía tan reconfortante; además, quizá me encontrara con William; y al salir poco después, encontré el azadón junto a la caseta del pozo y un viejo cesto de paja en la puerta del leñero, y encontré asimismo el camino hasta el campo donde había un gran cuadrado de bordes de patata enmarañados y hierba alta.

Un rincón ya estaba excavado, y elegí un montículo de aspecto gordo donde las matas estaban bien marchitas. Hay todo el placer que uno puede tener buscando oro en encontrar las propias esperanzas satisfechas en la riqueza de un buen montículo de patatas. Me daban ganas de seguir; pero no me parecía prudente cavar más una vez que el cesto estaba lleno, y al fin tomé el azadón por el centro y alcé el cesto para subir de vuelta la colina. Estaba segura de que Mrs. Blackett debía de estar esperando impaciente para cortar las patatas en el guiso, capa a capa, con el pescado.

—¿Me permite que tome ese cesto, señora? —dijo la agradable y ansiosa voz detrás de mí.

Me volví, sobresaltada en el silencio del amplio campo, y vi a un hombre entrado en años, encorvado de hombros como suelen estarlo los pescadores, de cabello gris y cara rasurada, y con un aire tímido. Era William. Se parecía exactamente a su madre, y yo me había imaginado que era grande y robusto como su hermana Almira Todd; y, por extraño que parezca, mi fantasía me había llevado a imaginarlo de unos treinta años, con cierta tosquedad. Era necesario, en cambio, tributar a William el respeto debido a la edad.

Me acostumbré al instante a los hechos reales, y nos dimos los buenos días como viejos conocidos. El cesto pesaba de verdad, y pasé el azadón por su asa y le ofrecí un extremo; luego avanzamos fácilmente hacia la casa, hablando del buen tiempo y de las caballas que según se decía estaban entrando por toda la bahía. William había salido desde las tres de la mañana y había hecho una pesca extraordinaria. Podía sentir que los ojos de Mrs. Todd estaban puestos en nosotros mientras nos acercábamos a la casa, y aunque me rezagué en el camino estrecho y dejé que William tomara el cesto solo y fuera delante a alguna distancia el resto del trayecto, pude oírle perfectamente saludarle.

—Has acabado viniendo, ¿eh? —inquirió con divertida—. Bueno, eso está bien. No sabía si te vería hoy, William, y quería liquidar una cuenta.

Me sentí algo perturbada y responsable, pero cuando me reuní con ellos estaban en los términos más sencillos y cordiales. Se hizo evidente que, en lo que a William respectaba, era el primer paso el que costaba, y que, habiéndose sumado una vez a los intereses sociales, era capaz de cultivarlos con mayor o menor placer. Tenía unos sesenta años, y no aparentaba menos, pero el espíritu de la juventud es tan inmortal, y la timidez tiene tal poder de supervivencia, que todo el tiempo tuve la sensación de que debía intentar hacer la ocasión cómoda para alguien que era joven y nuevo en los asuntos de la vida social. Me preguntó cortésmente si me gustaría subir al gran saliente mientras se preparaba la comida; así que, no sin un hondo sentido del placer y una mirada de sorpresa encantada de parte de las dos anfitrionas, partimos, William y yo, como si ambos nos sintiéramos mucho más jóvenes de lo que parecíamos. Tal era la inocencia y la sencillez del momento que cuando oí a Mrs. Todd reírse detrás de nosotros en la cocina yo también me reí, pero William no se ruborizó siquiera. Creo que tenía algo de sordera, y avanzó delante de mí con toda la aplicación y el propósito de quien sabe a dónde va.

Pasamos por el borde superior del campo sobre la casa hasta un sendero liso y marrón entre los oscuros abetos. El sol ardiente sacaba la fragancia de la corteza resinosa, y la sombra era agradable mientras subíamos la colina. William se detuvo una o dos veces para mostrarme un gran avispero cercano, o algunos nidos de halcones pescadores abajo en un pequeño terreno pantanoso. Cogió unos pocos brotes de linnaea de floración tardía cuando salimos a un trozo de pastizal abierto en lo alto de la isla y me los dio sin decir nada, pero él sabía tan bien como yo que no hay palabras suficientes para describir la linnaea. Por ese tramo de pastizal accidentado discurría una enorme forma de roca como la gran columna vertebral de una criatura descomunal. En el extremo, cerca de los bosques, podíamos trepar a ella y caminar hasta el punto más alto; allí, por encima del círculo de abetos puntiagudos, podíamos mirar hacia abajo sobre toda la isla, y ver el océano que rodeaba este y cien otros trozos de tierra isleña, la orilla del continente y

todos los lejanos horizontes. Producía un súbito sentido del espacio, pues nada detenía la mirada ni nos encerraba: ese sentido de libertad en el espacio y en el tiempo que siempre dan los grandes panoramas.

—No hay vista igual en el mundo, supongo —dijo William con orgullo, y me apresuré a pronunciar mi efusivo elogio; era imposible no sentir como si un muchacho que no ha viajado hubiera hablado, y sin embargo uno se alegraba de que valorara su terruño.

X. DONDE CRECÍA EL POLEO

LLEGAMOS UN POCO tarde a comer, pero Mrs. Blackett y Mrs. Todd se mostraron indulgentes, y todos ocupamos nuestros puestos después de que William hiciera una pausa para lavarse las manos, como un piadoso brahman, en el pozo, y se pusiera una pulcra chaqueta azul que tomó de un gancho detrás de la puerta de la cocina. Entonces bendijo la mesa con resolución con palabras que no pude oír, y comimos el guiso con agradecimiento. El gatito daba vueltas y vueltas en torno a la mesa, completamente erguido y agarrándose con sus féroces y jóvenes garras, parándose a maullar con patetismo a cada codo, o saliendo disparado hacia la puerta abierta cuando un gorrión cantor se descuidaba y aterrizaba demasiado cerca en el pasto. William no habló mucho, pero su hermana Todd ocupó el tiempo y contó todas las noticias que había que contar de Dunnet Landing y sus costas, mientras la anciana madre escuchaba con deleite. Su hospitalidad era algo exquisito; tenía ese don del que tantas mujeres carecen, el de ser capaz de hacer que ella misma y su casa pertenecieran por entero al placer de un huésped; esa encantadora entrega momentánea de sí misma y de todo lo que les pertenece, de modo que se convierten en parte de la propia vida que ya nunca puede olvidarse. El tacto es, a fin de cuentas, una especie de lectura de la mente, y mi anfitriona poseía el don de oro. La simpatía es de la mente tanto como del corazón, y el mundo de Mrs. Blackett y el mío fueron uno desde el momento en que nos conocimos. Además, poseía ese don final, el más alto don del cielo, un olvido perfecto de sí misma. A veces, mientras contemplaba su rostro anciano, ansioso y dulce, me preguntaba por

qué había sido enviada a brillar en esa isla solitaria de la costa del norte. Debió de ser para mantener el equilibrio justo y compensar a todos sus vecinos dispersos y necesitados por otras cosas que pudieran haberles faltado.

Cuando terminamos de recoger los viejos platos azules, y el gatito se había ocupado de su parte del abadejo fresco, justo cuando volvíamos a colocar en su sitio las sillas de la cocina, Mrs. Todd dijo con brío que tenía que subir al pastizal a recoger las hierbas deseadas.

—Puede quedarse aquí descansando o puede acompañarme —anunció—. Madre debería echarse su siesta, y cuando volvamos ella y William le cantarán. Es muy aficionada a la música —dijo Mrs. Todd, volviéndose para hablarle a su madre.

Pero Mrs. Blackett intentó decir que ya no cantaba como antes, y que quizá William no estaría de humor. Parecía cansada, la buena anciana, o yo habría preferido quedarme en la tranquila casita mientras dormía; ya tenía mucha experiencia agradable de pastizales en compañía de su hija. Pero parecía lo mejor acompañar a Mrs. Todd, y allá fuimos.

Mrs. Todd llevaba la bolsa de guinga que había traído de casa, y un peso pequeño y sólido en el fondo la hacía colgar recta y delgada de su mano. El camino era empinado y pronto se quedó sin aliento, de modo que nos sentamos a descansar un rato en una piedra grande conveniente entre el mirto.

—Mire, quería que viera esto: es el retrato de madre —dijo Mrs. Todd—; se hizo cuando estuvo en Portland poco después de casarse. Esa soy yo —añadió, abriendo otro estuche gastado y mostrando el rostro de la niña alegre que aún parecía ser a pesar de tener más de sesenta años—. Y aquí están William y padre juntos. Yo me parezco al padre, grande y corpulenta, y William es como la familia de madre, bajo y delgado. Debería haber hecho algo de sí mismo, siendo hombre y tan parecido a madre; pero aunque ha sido muy constante en el trabajo, ha mantenido la granja y ha seguido con su

pesca todo el tiempo, nunca tuvo el empuje de madre ni su capacidad para ver las cosas tal como son. Tiene muy buen juicio también —reflexionó la hermana de William, pero no llegó a ninguna conclusión satisfactoria sobre lo que evidentemente consideraba su fracaso en la vida—. Creo que es bueno ver a alguien tan feliz y sacando el mayor partido de la vida según le viene —dijo al empezar a guardar de nuevo los daguerrotipos; pero yo tendí la mano para ver el de su madre una vez más, un rostro de lo más florido de una hermosa joven con vestido de anticuada moda. En los ojos había una expresión de anticipación y alegría, una mirada lejana que buscaba el horizonte; uno la ve con frecuencia en las familias marineras, heredada por chicas y chicos por igual de hombres que pasan su vida en el mar y siempre están buscando velas lejanas o el primer perfil de la tierra. En el mar no hay nada que ver de cerca, y esto tiene su contrapartida en el carácter de un marinero, en los rasgos amplios y valientes y pacientes que se desarrollan, en la afabilidad esperanzada que tanto se quiere en el hombre de mar.

Cuando los retratos de familia quedaron envueltos de nuevo en un pañuelo grande, avanzamos por un estrecho sendero y llegamos a un lugar solitario que miraba al norte, donde había más pastizal y menos arbustos, y bajamos hasta el borde de la hierba corta sobre unos acantilados donde el mar rompía con gran estrépito, aunque el viento había caído y el agua parecía quieta a poca distancia de la orilla. Entre la hierba crecía el poleo como el resto del mundo no podría proveer. Había un buen perfume en el aire mientras lo recogíamos tallo a tallo y avanzábamos con cuidado, y Mrs. Todd apretaba su fragante ramito entre las manos y me lo ofrecía una y otra vez.

—No hay nada como esto —dijo—; no, no hay un poleo como este en todo el estado de Maine. Es la planta en su forma más pura, y todo el demás que he visto no es más que una imitación. ¿No le hace a usted bien? Y yo respondí con entusiasmo.

—Mire, querida, este sitio no se lo he mostrado a nadie más que a madre; es como sagrado para mí. Nathan, mi marido, y yo

amábamos este lugar cuando estábamos de novios, y... —vaciló, y luego habló en voz baja—, cuando lo perdí, fue aquí afuera cuando intentaba entrar por el canal corto entre las islas Squaw, a la vista misma de este promontorio donde habíamos estado sentados haciendo planes todo el verano.

Nunca antes la había oído hablar de su marido, pero sentí que ya éramos amigas desde que me había traído a este lugar.

—No fue más que un sueño para nosotros —dijo Mrs. Todd—. Lo supe cuando se fue. Lo supe —y susurró como si estuviera en confesión—, lo supe antes de que se marchara al mar. Mi corazón se había ido de mi poder antes de conocer siquiera a Nathan; pero él me amó bien, y me hizo verdaderamente feliz, y murió antes de haber llegado a saber lo que habría tenido que saber si hubiésemos vivido largo tiempo juntos. Lo del amor es muy misterioso. No, Nathan nunca lo descubrió, pero mi corazón estaba turbado cuando lo conocí. Hay más mujeres que quieren ser amadas que las que aman. Pasé horas felices aquí mismo. A Nathan siempre le tuve cariño, y él no lo supo nunca. Pero este poleo siempre me recordaba, cuando me sentaba aquí a recogerlo y le escuchaba hablar; siempre me recordaba al otro.

Apartó la vista de mí, y poco después se levantó y siguió caminando sola. Había algo solitario y desvalido en aquella figura grande y decidida. Podría haber sido Antígona sola en la llanura tebana. No es frecuente que en el mundo ruidoso se llegue a los lugares de la gran pena y del silencio. Una pena absoluta y arcaica poseía a esta mujer del campo; parecía la renovación de algún alma histórica, con sus pesares y la lejanía de una vida cotidiana ocupada en rusticidades y en aromas de hierbas primigenias.

Yo no era incompetente en la recolección de hierbas, y después de un rato, cuando había estado sentada bastante tiempo despertando en mí pensamientos nuevos y leyendo una página de recuerdos con renovado placer, recogí algunos manojos, como era mi obligación, y al final nos volvimos a encontrar más arriba de la orilla, en el mundo corriente y cotidiano que habíamos dejado cuando bajamos al bancal

de poleo. Mientras caminábamos juntas por el borde elevado del campo vimos cien veleros por la bahía y más lejos hacia el mar; era media tarde o pasada, y el día tocaba a su fin.

—Sí, todos ponen rumbo a la orilla: las embarcaciones pequeñas y los botes de langosta y todo —dijo mi compañera—. Tenemos que pasar un poco de tiempo con madre ahora, para tomar el té, y luego poner rumbo a casa.

—Si perdemos el viento al atardecer, Johnny puede llevarme a remo —dije; y Mrs. Todd asintió tranquilizadamente y mantuvo su paso cadencioso, sin apresurarlo ni siquiera cuando vimos a William doblar la esquina de la casa como para buscarnos y agitar la mano antes de desaparecer.

—Vaya, William está en cubierta; ¡no creía que le fuéramos a ver más hoy! —exclamó Mrs. Todd—. Ahora madre pondrá el agua a hervir enseguida; tiene buen fuego. Yo también podía ver el humo azul espesándose, y entonces las dos caminamos un poco más deprisa, mientras Mrs. Todd hurgaba en su repleta bolsa de hierbas para encontrar los daguerrotipos y tenerlos listos para colocarlos en su sitio.

XI. LOS VIEJOS CANTORES

WILLIAM ESTABA SENTADO en el escalón de la puerta trasera, y la anciana madre estaba ocupada preparando el té; me puso en la mano una vieja caja de cristal florida para guardar el té.

—William pensó que le gustaría ver esto cuando estaba poniendo la mesa. Mi padre se lo trajo a mi madre de la isla de Tobago, y aquí hay un par de tazas preciosas que vinieron con él. —Abrió la puerta de cristal de un pequeño armario junto a la chimenea—. A estas las llamo mis mejores cosas, querida —dijo—. Se reiría usted de cómo las disfrutamos las noches de los domingos en invierno: nos hacemos un té de visita de verdad en lugar de seguir viviendo simplemente igual que siempre, y preparo algo bueno de sorpresa y pongo algunos de mis dulces, y nos ponemos a charlar y lo pasamos de veras muy bien.

Mrs. Todd se rió con indulgencia y esperó a ver qué pensaba yo de tales niñerías.

—Ojalá pudiera estar aquí algún domingo por la noche —dije.

—William y yo hablaremos de usted y pensaremos en este bonito día —dijo Mrs. Blackett con afecto, y miró a William, y él levantó la vista con valor y asintió. Empecé a descubrir que él y su hermana no podían expresar sus sentimientos más profundos delante el uno del otro.

—Ahora quiero que usted y madre canten —dijo Mrs. Todd con brusquedad, con aire de mando, y sentí mucha simpatía por William

en su evidente angustia.

—Después de tomar mi taza de té, querida —respondió la anfitriona con alegría; y así nos sentamos y tomamos nuestras tazas y nos alegramos mientras duraron. Era imposible no querer quedarse para siempre en la isla Verde, y no pude evitar decirlo.

—Soy muy feliz aquí, tanto en invierno como en verano —dijo la anciana Mrs. Blackett—. William y yo nunca deseamos otro hogar, ¿verdad, William? Me alegra que le parezca agradable; le ruego que venga y se quede, querida, cuando le apetezca. Pero aquí está Almiry; siempre he pensado que la Providencia fue amable al urdir las cosas y hacer que su marido le dejara una buena casa donde de verdad le correspondía estar. Habría sido muy inquieta si hubiera tenido que quedarse aquí en la isla Verde. Usted quería más campo, ¿verdad, Almiry, y vivir en un sitio más grande donde crecieran más cosas? A veces la gente se pregunta que no vivamos juntas; quizá lo hagamos algún día —y una sombra de tristeza y aprensión cruzó su rostro—. El tiempo de la enfermedad y el declive tiene que llegar para todos. Pero Almiry tiene una hierba que es buena para todo. —Sonrió al hablar y volvió a estar radiante.

—Hay alguna hierba que es buena para todos, excepto para los que creen que están enfermos cuando no lo están —declaró Mrs. Todd, con un auténtico aire de autoridad profesional y resolución—. Vamos, William, cantemos *El dulce hogar*, y luego madre cantará *Cupido y la abeja* para nosotros.

Entonces sobrevino la más encantadora de las sorpresas. William dominó su timidez y comenzó a cantar. Su voz era un poco débil y frágil, como los daguerrotipos de familia, pero era una voz de tenor, perfectamente afinada y dulce. Nunca he oído *El dulce hogar* cantado con tanta emoción y seriedad como él lo cantó; parecía volverlo algo completamente nuevo; y cuando hizo una pausa un momento al final del primer verso y empezó el siguiente, la anciana madre se unió a él y cantaron juntos, ella sin llegar a las notas más altas, donde él parecía prestar su voz a la de ella por un momento y llevar su misma nota y melodía. Era el único medio de expresión real

del hombre silencioso, y uno podría haber escuchado eternamente y pedido más y más canciones de la herencia escocesa e inglesa antigua y las mejores que han sobrevivido de la música de balada de la guerra. Mrs. Todd llevaba el compás visiblemente y a veces audiblemente con su amplio pie. Vi las lágrimas en sus ojos a veces, cuando podía verlos más allá de las lágrimas en los míos. Pero por último las canciones terminaron y llegó el momento de decir adiós; era el final de un gran placer.

Mrs. Blackett, la querida anciana, abrió la puerta de su dormitorio mientras Mrs. Todd ataba la bolsa de las hierbas, y William había bajado a preparar el bote y a tocar el cuerno para Johnny Bowden, que se había unido a una partida de botes que andaban por la orilla sacando langostas.

Me llegué a la puerta del dormitorio, y me pareció un lugar muy agradable, con su colcha de patchwork rosa y blanca y el entarimado sin pintar de color marrón de sus paredes.

—Entre, querida —me dijo—. Quiero que se siente en mi vieja mecedora acolchada junto a la ventana; verá que es la mejor vista de la casa. Me siento allí mucho a descansar y cuando quiero leer.

Había una Biblia gastada en rojo en la mesita de noche, y las gafas de Mrs. Blackett con gruesa montura de plata; su dedal estaba en el estrecho alféizar, y doblada cuidadosamente sobre la mesa había una gruesa camisa de algodón a rayas que estaba haciéndole a su hijo. Esos queridos dedos ancianos y sus cariñosas puntadas, ese corazón que había sacado el mayor partido de todo lo que necesitaba amor. Aquí estaba el verdadero hogar, el corazón de la vieja casa en la isla Verde. Me senté en la mecedora y sentí que era un lugar de paz, el pequeño dormitorio marrón, y la tranquila vista sobre el campo, el mar y el cielo.

Levanté la vista, y nos entendimos sin hablar. —Me gustará pensar en que se sentó aquí hoy —dijo Mrs. Blackett—. Quiero que vuelva. Ha sido tan agradable para William.

El viento nos sirvió todo el camino de vuelta y no aflojó ni dejó que la vela perdiera tensión hasta que estuvimos cerca de la orilla. Llevábamos un generoso cargamento de langostas en el bote, y patatas nuevas que William había puesto a bordo, y lo que Mrs. Todd llamaba con orgullo un «barrilito» lleno de caballa en salazón de primera categoría número uno; y al desembarcar tuvimos que hacer gestiones para que todo esto fuera llevado a su casa en una carretilla.

Nunca olvidaré el día en la isla Verde. El pueblo de Dunnet Landing pareció grande y ruidoso y sofocante cuando llegamos a tierra. Tal es el poder del contraste; pues el pueblo estaba tan quieto que podía oír los tímidos chotacabras cantando aquella noche mientras estaba despierta en mi dormitorio de la planta baja, y el perfume del jardín de hierbas de Mrs. Todd bajo la ventana entraba una y otra vez con cada suave ascenso de la brisa marina.

XII. UNA VELA DESCONOCIDA

EXCEPTO ALGUNOS HUÉSPEDES ocasionales, isleños o del interior, a quienes Mrs. Todd ofrecía la hospitalidad de una sola comida, estuvimos completamente solas todo el verano; y cuando a finales de julio hubo señales de invasión y una tal Mrs. Fosdick apareció como una vela desconocida en el lejano horizonte, sufrí mucho de aprensión. Había estado viviendo en la pintoresca casita con tanta comodidad y despreocupación como si fuera un cuerpo más grande, o una concha doble, en cuyas sencillas espirales Mrs. Todd y yo nos habíamos refugiado, hasta que algún cangrejo ermitaño viajero de visitante había señalado la pequeña habitación libre como propia. Quizá a veces el náufrago en una isla desierta solitaria teme la idea de ser rescatado. Oí hablar de Mrs. Fosdick por primera vez con un egoísta sentido de oposición; pero al fin y al cabo, yo seguía siendo inquilina veraniega de la escuela, donde siempre podía estar sola, y era imposible no simpatizar con Mrs. Todd, quien, a pesar de algunos refunfuños preliminares, estaba realmente encantada con la perspectiva de recibir a una antigua amiga.

Durante casi un mes recibimos noticias ocasionales de Mrs. Fosdick, quien parecía ir en visita solemne de casa en casa por el vecindario del interior, a la manera de la reina Isabel. Un domingo tras otro llegó y pasó, decepcionando a Mrs. Todd en su esperanza de ver a su huésped en la iglesia y fijar el día del gran comienzo de la visita; pero Mrs. Fosdick no estaba dispuesta a comprometerse con una fecha. Una promesa de «algún momento de esta semana» no era suficientemente concreta desde el punto de vista de un ama

de casa libre, y Mrs. Todd fue pasando por las diversas etapas de expectación, provocación y desesperación. Al final ya estaba dispuesta a creer que Mrs. Fosdick debía de haber olvidado su promesa y regresado a casa, que se decía vagamente que estaba por los alrededores de Thomaston. Pero una tarde, justo cuando la mesa de la cena estaba recogida y «en orden», y Mrs. Todd se había puesto su gran delantal sobre la cabeza y salido a dar un paseo vespertino por el jardín, lo inesperado ocurrió. Oyó el ruido de ruedas y me lanzó un grito de emoción desde donde yo estaba sentada junto a la ventana, diciéndome que Mrs. Fosdick estaba llegando por la calle.

—Puede que no sea muy considerada, pero es una compañía de lo más agradable —dijo Mrs. Todd apresuradamente, volviéndose unos pasos desde las cercanías de la verja—. No, no es nada considerada, pero queda una pequeña langosta de su té; sí, es una verdadera suerte que haya una langosta. Susan Fosdick bien podría haber tenido la deferencia de venir una hora antes.

—Quizá ya haya cenado —me aventuré a sugerir, compartiendo la ansiedad del ama de casa, y consciente con humildad de un apetito inconsiderado para mi propia cena después de una larga excursión por la bahía. Había tan pocas emergencias de ningún tipo en Dunnet Landing que esta parecía abrumadora.

—No, ha venido desde la casa de Nahum Brayton. Supongo que estaban ocupados en la granja y no pudieron disponer del caballo a tiempo. Salga usted sigilosamente y ponga el hervidor a calentar, querida, y échele un buen puñado de astillas; el fuego está bien vivo. La llevaré directamente arriba para que deje sus cosas, así tendrá la mente ocupada con las explicaciones y con quitarse el bonete, y tendrá tiempo de sobra. Es una a la que no me gustaría que me pillara desprevenida.

Mrs. Fosdick estaba ya en la verja, y Mrs. Todd se volvió ahora con aire de completa sorpresa y deleite a darle la bienvenida.

—¡Pero si es Susan Fosdick! —la oí exclamar en una voz clara y sin trabas, como si llamara a través de un campo—. ¡Casi te doy por perdida! Temía que me hubieras endilgado mi visita a alguna otra. ¿Supongo que habrás cenado?

—No, Almiry Todd, que no —dijo Mrs. Fosdick con alegría, volviéndose, cargada de bolsos y bultos, de despedirse del chico cochero—. Nada en absoluto de cena, querida. Vengo pensando todo el camino en una taza de ese buen té tuyo, de ese Oolong que guardas en el cofrecito. No quiero ninguna de tus hierbas útiles.

—Ese té lo guardo para los señores pastores —respondió Mrs. Todd jovialmente—. Pasa, pasa, Susan Fosdick. ¡Si eres la misma de siempre!

Mientras se acercaban por el camino riendo como chiquillas, huí llena de afanes a la cocina, a avivar el fuego y asegurarme de que la langosta, único sustento de la cena tardía, estuviera bien fuera del alcance del gato. Resultó que había buenas reservas de frambuesas silvestres y pan con mantequilla, así que recobré la compostura y esperé impaciente a que comenzara mi propia parte de tan ilustre visita. Desde el momento en que nuestra huésped había pedido con tanta franqueza el té Oolong, había en el ambiente de la tarde una sensación inmediata de gran festejo.

Llegó el gran momento. Me presentaron formalmente al pie de la escalera, y las dos amigas pasaron a la cocina, donde pronto oí el hospitalario tintinear de la loza y el vivo agitar de una taza de té. Me senté en mi mecedora de alto respaldo junto a la ventana de la sala delantera con un absurdo sentimiento de quedarme fuera, como el niño que estaba en la verja en el cuento de Andersen. Mrs. Fosdick no parecía, a primera vista, una persona de grandes dotes sociales. Era una ancianita seria, pequeña como un pajarillo, con un movimiento de cabeza como de pájaro. A menudo me habían dicho que era «la mejor del mundo para hacer visitas», como si visitar fuera la más alta de las vocaciones; que todo el mundo la deseaba y pocos podían conseguirla; y vi que Mrs. Todd sentía una cómoda sensación de distinción por verse favorecida con la compañía de esta

eminente persona que «sabía exactamente cómo». Era cierto en todo caso que Mrs. Fosdick le transmitía tanto a su anfitriona como a mí una cálida sensación de disfrute y expectación, como si tuviera el poder de sugestión social sobre todas las mentes cercanas.

Las dos amigas no reaparecieron en al menos una hora. Podía oír sus voces ocupadas, altas y bajas alternativamente, mientras recorrían los temas de lo público a lo confidencial. Por fin Mrs. Todd se acordó amablemente de mí y regresó, llamando a mi puerta con ceremoniosa cortesía antes de entrar, con la pequeña visitante en su estela. La tomó por detrás de la mano como si fuera joven y vergonzosa, y la empujó suavemente hacia delante.

—No sé si van a caerse bien o no; no, nadie puede saber si van a congeniarse, pero espero que se las arreglen de algún modo, habiendo visto las dos el mundo —dijo nuestra afectuosa anfitriona—. Puede usted contarle a Mrs. Fosdick cómo encontramos a los de la isla Verde el otro día. Ella ha conocido siempre bien a madre. Ahora me escabullo a recoger los trastos de la cena y poner el pan a levar, si ambas me lo perdonan. Pueden venir a hacerme compañía cuando estén listas, una o las dos. —Y Mrs. Todd, grande y amable, desapareció y nos dejó solas.

Provistas no solo de un tema de conversación, sino de un refugio seguro en la cocina en caso de incompatibilidad, Mrs. Fosdick y yo nos sentamos, dispuestas a sacar el mejor partido la una de la otra. Pronto descubrí que ella, como muchas de las mujeres mayores de la costa, había pasado parte de su vida en el mar, y estaba llena de la curiosidad y la perspectiva propias de un buen viajero. Para cuando juzgamos discreto reunirnos con nuestra anfitriona ya éramos sinceras amigas.

Bien puede decirse que una visita empieza a fluir, igual que la marea, y era imposible, como Mrs. Todd me susurró, no sentir agrado ante la manera en que esta visita estaba fluyendo; parecía haberse iniciado un nuevo impulso y un refrescamiento de las corrientes sociales y de las bahías de la memoria apenas visitadas. Mrs. Fosdick había sido madre de una numerosa familia de hijos e

hijas, marineros y esposas de marineros, y la mayoría habían muerto antes que ella. Pronto me fui familiarizando más o menos con las historias de todas sus fortunas y desgracias, y los temas de naturaleza íntima no me llegaban a los oídos con más reserva que si hubiera sido una concha en la repisa de la chimenea. Mrs. Fosdick no carecía de cierta dignidad y elegancia; iba a la moda en su vestir, pero era una moda de provincia curiosamente bien conservada de algunos años atrás. En una esfera más amplia, uno podría haberla llamado una mujer de mundo, con sus inesperados retazos de saber moderno, pero la sabiduría de Mrs. Todd era una intimación de la verdad misma. Ella podría pertenecer a cualquier época, como un idilio de Teócrito; pero mientras siempre entendía a Mrs. Fosdick, esa entretenida peregrina no siempre entendía a Mrs. Todd.

Aquella misma primera tarde mis amigas se sumergieron en un mar sin orillas de reminiscencias y noticias personales. Mrs. Fosdick había estado alojada en casa de una familia dueña de la granja donde nació, y había visitado cada loma soleada y cada rincón sombreado del campo; pero cuando dijo que podría ser la última vez, detecté en su tono algo que esperaba la contradicción que Mrs. Todd enseguida le ofreció.

—Almiry —dijo Mrs. Fosdick con tristeza—, diga usted lo que quiera, pero yo soy una de nueve hermanos criados en la antigua casa, y ya estamos todos muertos menos yo.

—¿No se habrá ido la hermana Dailey? ¿Por qué no, si Louisa no se ha ido? —exclamó Mrs. Todd con sorpresa—. ¡Vaya, nunca lo había oído contar!

—Sí, señora; falleció el pasado octubre, en Lynn. Tenía su hogar alejado en el estado de Vermont, pero estaba de visita donde su hija menor. Louisa era la única de mi familia a cuyo entierro no pude asistir, pero fue un mero accidente. Todos los demás nos enterramos por aquí cerca de casa. Pensé que fue muy descuidado de su parte en Lynn no traerla al lugar de origen; pero cuando vine a saber los detalles, me enteré de que habían construido recientemente un monumento muy elegante, y mi hermana Dailey siempre fue muy

amiga de los lujos. Había ido a ver el monumento la misma semana antes de ponerse mala y lo había admirado tanto que estuvieron seguros de sus deseos.

—Así que se ha ido de verdad, y el entierro fue en Lynn —repitió Mrs. Todd, como para grabar el triste hecho en su mente—. Era algunos años más joven que nosotras también. Recuerdo el primer día que vino a la escuela; fue aquel primer año en que madre me mandó a tierra adentro a quedarme con los familiares de la tía Topham y recibir mi educación. Trajiste a la pequeña Louisa a la escuela un lunes por la mañana con un vestido rosa y sus rizos largos, y se sentó entre las dos, y al rato se puso a llorar, así que la maestra nos mandó a casa con ella en el recreo.

—Le daba miedo ver tantos niños a su alrededor; solo éramos ella y yo y el hermano John en casa entonces; los mayores estaban en el mar con padre, y los demás todavía no habíamos nacido —explicó Mrs. Fosdick—. Aquel otoño siguiente todos nos fuimos al mar juntos. Madre dudó hasta el último momento, como quien dice. El barco esperaba órdenes, pero el bebé que entonces era llegó justo a tiempo, y hubo un largo período de muy mal tiempo, así que madre se fue recuperando antes de que tuvieran que zarpar, y todos nos fuimos. Recuerdo que mi ropa se quedó en tierra en la habitación del este en un cesto donde madre la había sacado del baúl y la había dejado lista para subir a bordo. No tenía nada a bordo propio que quisiera cortarme para mí, así que cuando mi vestido se gastó me metió en un traje de repuesto de John, chaqueta y pantalones. Yo no tenía más que ocho años y él tenía casi siete y era grande para su edad. En cuanto tocamos puerto salía directamente a tierra y me ponía de nuevo muy arreglada, pero íbamos rumbo a las Indias Orientales y no atracamos en ningún sitio durante bastante tiempo. Así que tuve un buen período de libertad. Madre me hizo la nueva falda larga porque yo estaba creciendo, y después de eso yo pateaba por cubierta muy desanimada, sintiendo el dobladillo en los talones a cada momento, como si la juventud hubiera quedado atrás para siempre. Los pantalones me gustaban más; solía trepar al

aparejo con ellos y asustaba a madre hasta que dijo y juró que nunca más me volvería a llevar al mar.

Pensé, por la cortés sonrisa distraída de Mrs. Todd, que este no era un cuento nuevo para ella.

—La pequeña Louisa era una niña preciosa; sí, siempre pensé que Louisa era muy guapa —dijo Mrs. Todd—. Era una niña encantadora en aquellos tiempos. Se parecía a vuestra madre; los demás salisteis al lado de la familia de vuestro padre.

—Así es, cierto —asintió Mrs. Fosdick, meciendo con cadencia—. Vaya, qué agradable es hablar con una antigua conocida que sabe lo que tú sabes. Veo tantos de estos nuevos conocidos últimamente que parecen no tener ni pasado ni futuro. Una conversación tiene que tener alguna raíz en el pasado, o si no hay que explicar cada observación que hace uno, y eso a uno le agota.

Mrs. Todd soltó una risilla divertida. —Sí, señora, los amigos viejos siempre son los mejores, a menos que se pueda pescar uno nuevo que valga para hacerlo viejo de él —dijo, y nos intercambiamos una mirada afectuosa que Mrs. Fosdick no habría podido entender, siendo la última en llegar a la casa.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB